

# CRISTIANDAD



## 22 RAZON DE ESTE NUMERO

Agoniza Europa. Después de cinco largos años de lucha en que en los campos de batalla ha perecido lo mejor de su juventud, y en que los horrores de la guerra aérea han reducido a escombros las mayores y más bellas capitales, un nuevo diluvio se extiende sobre tantas ruinas, sobre gran parte de nuestro Continente, con más intensidad y mayor horror que cuando, a lo largo del Danubio, tras la rota de Mohacz—o siglos antes, a través de nuestra Península, tras la traición de Don Oppas—enemigos de la Cristiandad, los secuaces de Mahoma avanzaban amenazadores. Más implacable aún es el avance de la mayor potencia atea y antirreligiosa que ha visto la Historia. Y, como antaño, dos grandes pueblos católicos han sido sus primeras víctimas: Polonia y Hungría, conspicuos baluartes de la Fe y del honor. Dedicado nuestro número siete a la primera, era obligado el ofrecer éste al noble pueblo magiar, en la hora de su sacrificio. Tal es la razón del presente número y de los artículos que se presentan.

### Editorial: Mientras la noche se extiende...

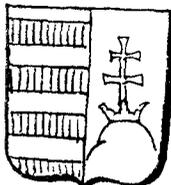
Sección «**Plura ut unum**»: **San Raimundo de Peñafort**. Sermón por el Canónigo Dr. Llovera, continuación, (pág. 74); **Aparición de los húngaros**, por M. V. Roig (págs. 75 y 76); **La corona de San Esteban**, por Luis M.<sup>a</sup> Figueras F. (págs. 77 y 78); **La caída de Hungría en el siglo XVI**, por María Asunción López (págs. 79, 80 y 81); **Hungría, salvadora de la unidad europea**. **María Teresa**, por Jorge Galbany (págs. 82, 83 y 86); **De Kossuth a Bela-Kun**, por Luis Creus Vidal (págs. 87, 88, 89, 90 y 91).

Sección «**A guisa de tertulia**»: **La civilización materialista a la luz de la ciencia. Actualidad renovada del libro de Alexis Carrel**, por Manuel de Montoliu (págs. 92 y 93).

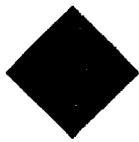
Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et vétera**»: **Encíclicas dirigidas por Su Santidad el Papa León XIII a los obispos de Hungría en 22 de Agosto de 1886 y en 11 de Septiembre de 1893** (págs. 94 y 95).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **La Vida. La tragedia de Hungría**, por José-Oriol Cuffi Canadell (pág. 96).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday, Joaquín Mascaró y Eduardo Blanxart.

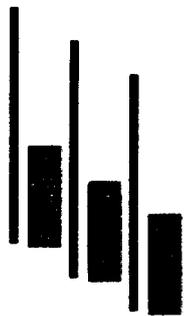


**B. C.**  
**BARCELONA**



**SALA Y BADRINAS**

**TEJIDOS DE LANA**



**Despacho en Barcelona: Caspe, 33 B - Fábrica en Tarrasa: Prim, 59**

# CRISTIANDAD

NÚMERO 22 - AÑO II

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL . . . . . 48' - Ptas.  
TRIMESTRAL . . . . 12' - »  
EJEMPLAR . . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

**B A R C E L O N A**

ECHEGARAY, 19 - MADRID

15 Febrero de 1945

## MIENTRAS LA NOCHE SE EXTIENDE...

*“Naciones enteras están ya dominadas por las hordas asiáticas. Diríase que se han alejado de Europa para hundirse en la insondable negrura de una noche eterna. Sus nombres, que antes lucían en el mapa como expresiones de una vida civilizada y amable, han sido apagados por un soplo de terror, y en el fondo queda la silueta de las hileras de cautivos que van hacia los campos de deportación o hacia las checas.*

*La noche soviética se extiende sobre Europa. Cada jornada su tiniebla avanza y gana nuevas ciudades. Después se hace un silencio húmedo de lágrimas y cuajado de dolor” (1).*

*En primero de julio del pasado año “CRISTIANDAD” dedicó un número entero —nuestro número 7— a “Polonia, primera de las víctimas de esta guerra y símbolo de todas”. A la gran nación católica, cuya predestinación al papel de víctima de los enemigos de Europa cristiana primero, y de las violencias de la Europa apóstata después, constituye, sin duda, uno de los grandes misterios de la Historia.*

*Mas si existen otros Países víctimas de la actual contienda cuya ejecutoria cristiana —glorioso historial de servicios a la causa de la Iglesia y de la Civilización— no puede parangonarse a la de la Nación polaca, hay otro Pueblo, sin embargo, que con ella rivaliza en los nobles títulos a que le hacen acreedor largos siglos de heroísmos: es el Magiar, baluarte de Europa ante el infiel, espejo de caballeros y preclaro ejemplo de fidelidad a la fe católica recibida firmemente de su gran Rey y Apóstol Esteban y mantenida secularmente a través de las mayores vicisitudes y catástrofes.*

*Y este pueblo, que el dolor y la virtud han hermanado y han acercado tanto a su vecino polaco, acaba de participar —y también, hasta las heces— de su mismo cáliz de amargura. La noche soviética ha ido extendiéndose sobre Europa, y si su triste crepúsculo se anuncia ya doquier, las tinieblas se han señoreado ya del Centro de nuestro Continente, cubriendo aquellos Países antes tan risueños y llevando la desolación a sus admirables Ciudades llenas de tesoros de ciencia, de arte y de historia. “Tenebrae factae sunt super univérsam terram”.*

*¡Hungria! Sus hijos merecieron que de ellos dijera León XIII (carta a los Obispos de Hungria en 11 septiembre de 1893, que reproducimos en este número) que han sabido permanecer fieles y constantes a la Fe católica “...en lo cual hay que reconocer, a más de un singular beneficio de Dios, el fruto del firme y perpetuo propósito de esta Nación, que desde el principio ha entendido que, al tratarse de la religión, se trata de la gloria de su nombre y del esplendor de su raza. Admirables son las generosas e insignes virtudes que tales sentimientos han producido, y merced a las que los Húngaros, en los momentos supremos y en las circunstancias difíciles, opusieron a la gravedad del peligro una extraordinaria constancia y fortaleza. Con el auxilio de tales virtudes rechazaron ora las repetidas incursiones de los Tártaros, ora los constantes y furiosos ataques de los Mahometanos; haciéndose acreedores en tal peligrosa lucha a ser ayudados, con toda clase de auxilios, por pueblos extraños, por grandes príncipes, y muy especialmente por los Sumos Pontífices; puesto que se peleaba no solamente por la fe y la patria de los húngaros, sino por la salvación de toda la religión católica y la paz de todo el Occidente.” ¡Hungria! ¡Vieja tierra de lealtad, sometida a la más terrible de las agonías!*

*Mientras la noche se extiende sobre Europa, es deber de aquellos que, como nosotros, por la misericordia de Dios, podemos aún postrarnos físicamente ante la luz de los altares, orar por nuestros hermanos afligidos y faltos del pan terreno y del pan espiritual. Y el esplendor de nuestros antepasados —Hungria como España, fué baluarte de una Europa que aun no había renegado de Cristo— nos vincula especialísimamente al noble y desgraciado magiar cuyos mayores rivalizaron con los nuestros en dejarnos un inapreciable legado de inmarcesibles glorias.*

*“CRISTIANDAD” consagra este número a la Patria de los Santos Reyes Esteban e Isabel. Y así, de alguna manera, se une en espíritu a tantos hermanos nuestros que en las ciudades y llanuras del Danubio, en medio de la terrible aflicción, sufren, lloran y rezan.*



(1) Joaquín Arrarás. — «Noche soviética en Europa».

# San Raimundo de Peñafort

(Continuación)

Le llamaba Dios a hacer dos grandes obras, que han alcanzado la inmortalidad. Escribió San Raimundo de Peñafort la Summa de Penitencia, que es la que figura, el libro que veis representado, en la imagen que aquí se venera. Y permitidme que deplora en este momento, amados hermanos, que la persona que ha tenido la generosidad de adornar esta capilla con las cristaleras que veis, no haya podido asistir a este acto por encontrarse enferma. Están aquí los suyos y todos nosotros nos unimos a ellos, dirigiendo al Santo una oración, una súplica, una plegaria fervorosa para que le conceda lo que mejor le convenga para su salud, que gracias a Dios parece no corre peligro por tratarse de una dolencia pasajera.

Escribió, como decía, la Summa de Penitencia, y luego compiló el gran Código de las Decretales. A imitación de Justiniano que compiló el Derecho Romano, dándole orden y claridad, así San Raimundo de Peñafort compiló los decretos conciliares y las letras papales y todo cuanto formaba el cuerpo de derecho que había sido recogido en el Decreto de Graciano, pero en forma de una selva confusa e intrincada, y cumpliendo el encargo del Papa Gregorio IX, compiló el Libro de las Decretales, que ha sido el Código del Derecho Canónico hasta la publicación del reciente Código por Benedicto XV; obra asombrosa por el trabajo de selección que representa, obra que nos prueba las grandes dotes que adornaban al Santo, pues pensad en la dificultad con que se manejaban los libros en aquellos tiempos; ahora es fácil consultar, en breve tiempo, diferentes libros, pero entonces los volúmenes, en primer lugar eran escasos, y en segundo término eran difícilmente manejables, y si no hubiese contado con una memoria portentosa, no habría podido llevar a cabo airoosamente su cometido de compilación de las leyes canónicas. Y tanto en esta labor como en la redacción de la Summa de Penitencia, resplandece siempre ese espíritu de rectitud y ese espíritu de prudencia que son las características de San Raimundo de Peñafort.

Yo quisiera sabérmelo imaginar, a San Raimundo de Peñafort, como sería. Sería un hombre digno, un hombre tratable, un hombre serio pero no huraño, un hombre amante del retiro, pero que sabía salir del retiro para atender las necesidades de los demás, y sobre todo un hombre poseedor de esa dulzura y suavidad de palabra a que se refieren todos los biógrafos que de él se ocupan y las noticias que de él tenemos, esa simpatía que atraía a todos los corazones y que le daba el prestigio de que gozaba, y que le daba esa posición de nobleza de elevación, sin ningún rasgo de mezquindad, sin el más pequeño egoísmo, sin rastro de partidismo; siempre con su juicio sereno y justo, siempre con una ponderación ejemplar; pero al mismo tiempo con una gran efluencia de alma, porque se distinguía —como se dice en la carta del Concilio de Tarragona al Papa Nicolás, sucesor de Gregorio— por el fervor de su caridad y por el celo por la salvación y provecho de las almas. Esa Summa de teología moral que es la Summa de Penitencia que escribió San Raimundo de Peñafort, ya nos descubre claramente cuál es su criterio. Recoge aquella sentencia de San Agustín: “Sea cuando hay que castigar, sea cuando se quiere perdonar, solamente se obra bien cuando no se busca otra cosa que la corrección, que la enmienda de la vida de

los hombres. *Seu plectendo seu ignoscendo, id solum bene agitur ut vita hominum corrigatur.* Y aquella otra sentencia de San León el Grande: Cuando hay que aplicar una corrección severa, no se debe hacer con espíritu de castigo, de venganza, sino como el médico que aplica una medicina al enfermo. *Quod severius castigare necesse est, non saevientis plectatur animo, sed medentis.* Así entiendo de él aquella su función de penitenciaro. Deja que las almas se le abran y encuentra siempre el camino, hacia lo íntimo de esas almas, y sabe hacer revivir las buenas semillas que en ellas hay, quizá ahogadas o muertas, y sabe elevar estas almas, y sabe hablarles de Dios, de la bondad de Dios, de la providencia de Dios, y de esta manera las mueve al arrepentimiento; más que por el temor del castigo por la consideración de las divinas bondades. Y no olvida nunca el aspecto humano del ejercicio de la penitencia, “porque como todo el mundo está enredado en rapiñas (pienso que igual que ahora, la cosa es vieja) como la justicia no es lo que más se observa en el Mundo, y se encuentran muchas apariencias para paliar a la injusticia, hay que procurar ir siempre por el camino de enmedio: ni excesivo rigor, ni excesiva indulgencia; para que este rigor excesivo o esta indulgencia excesiva no lleven a perdición a aquellas almas que todavía, “discreta aequitas”, una equidad benigna, puede volver al buen camino”. *Quia fere totus mundus involutus est in rapinis, sic pro posse tuo curre per medium, ne nimia severitas aut remissio perire faciat, quos discreta aequitas poterit revocare.*

Ese es San Raimundo de Peñafort, esa es su prudencia, esa es su justicia. Y es porque, amados hermanos míos, en su figura moral encontramos todos los elementos de la justicia y de la prudencia que tan magistralmente nos describe Santo Tomás en su Summa Theologica. Dice Santo Tomás que las partes integrantes de la prudencia son, en primer lugar, la *memoria*, porque el que no tiene memoria no acumula experiencia. No sacamos nada de contemplar muchos hechos y pasar por múltiples lugares y situaciones, si no los recordamos después. Es la memoria la que hace acumular experiencia, a través de los hechos que se suceden en torno nuestro o de los cuales nosotros somos actores o partes integrantes. Requiere, además, la prudencia, la *inteligencia*, la visión clara de los principios que nosotros debemos transmitir, que se califica con el nombre de *sindéresis*, el recto juicio acerca de los fines a que hemos de llegar en nuestras actuaciones. Requiere, además, la prudencia, *docilidad*, la facilidad de aprender de otros, porque el hombre no aprende por sí solo, ni llega al conocimiento de todo lo que necesita aprender sin ayuda de nadie. Dice Santo Tomás que necesita aprender especialmente de los viejos, que han recogido ya toda esa experiencia de que hablábamos; y por eso viene a ser casi una maldición de Dios el ser gobernados por personas excesivamente jóvenes. Los jóvenes tienen que respetar las canas y aprender de la experiencia de los ancianos. Y San Raimundo de Peñafort era tan dócil, tenía esa docilidad en un grado tal que él mismo afirma que, a pesar de todo su gran conocimiento de la Moral y del Derecho, nunca resuelve un caso sin consultar a los autores más calificados en la materia de que se trata.

Requiere, además, la prudencia, *sagacidad*, o sea una disposición para encontrar fácil y prontamente los me-

dios que nos han de conducir a los fines, para ver el punto crítico de las cuestiones. Requiere, además, la prudencia, la razón, el discurso, no la facultad de razón, que la tenemos todos, sino el hábito de discurrir bien, de discurrir sin sofismas, partiendo de unos principios para llegar a unas aplicaciones prácticas sobre los asuntos en que hemos de dar una resolución. Requiere, además, la prudencia — dice Santo Tomás — *previsión*. El prudente mira siempre un poco adelante, no se fija solo en el momento actual, porque si no, vienen después las sorpresas desagradables. Requiere, además, la prudencia, *circunspección*, el mirar todo lo que hay alrededor, porque no sacamos nada de mirar únicamente unilateralmente un asunto; hay que ver todos los colaterales que pueden hacer modificar el juicio. El prudente ha de ser, a la fuerza, circunspecto. Y además requiérese la *cautela*, para evitar los males y los peligros.

Pues bien, todos esos elementos de la prudencia los vemos nosotros reunidos en San Raimundo de Peñafort. Su memoria era felicísima. Su conocimiento de los principios especulativos y su *sindéresis* o su golpe de vista para ver los puntos prácticos y los principios a aplicar a cada caso, eran singularísimos, y por eso adquirió la fama mundial de hombre de consejo que tuvo. San Raimundo de Peñafort tuvo, como dije antes, esa docilidad de querer aprender de todos; sabía escuchar, sabía aprovechar un granito de verdad que hubiera en cuanto le decían las personas que con él hablaban y que iban a consultarle. Tenía, además, esa sagacidad, esa penetración que le hacía distinguir claramente entre los textos canónicos. El ya confesó, al principio, que entre las leyes no puede haber nunca una antinomia real, sino que han de concordarse los textos legales. Y esa sagacidad le permitía penetrar en el interior de los hombres que a él iban, ver las intenciones, conocer los caracteres y deslindar, en fin, los elementos que integraban los asuntos que pasaban por sus manos, que eran variados e infinitos. Tenía, además, ese don del discurso, del raciocinio, del raciocinio macizo, férreo, sin sofismas, sin desviarse de los principios, pero atendiendo también a aplicar esos principios según las condiciones concretas y especiales de los casos. Y era providente, tenía previsión. Y era circunspecto — de esa circunspección hablan especialmente los documentos coetáneos suyos—. Y era cauteloso.

Y no tenía ninguno de los vicios opuestos a la prudencia. No tenía *inconstancia* — como aquellos que se dejan impresionar y hoy ven las cosas de una manera y mañana las ven de otra y cambian su juicio y su consejo—. No tenía *negligencia*, no tenía pereza en estudiar las cosas; era diligentísimo, encontraba tiempo para todo, porque aun cuando era tan afable con todos, era, al mismo tiempo, muy amante del retiro y pasaba las noches en vela, durmiendo poco y comiendo también poco, porque en él predominaba el espíritu sobre la carne. No tenía tampoco los vicios que se oponen a la prudencia por exceso; no tenía esa prudencia de la carne, que es la más grande enemiga de la prudencia y de la justicia, porque

pospone los intereses superiores a otros inferiores, pero más próximos e inmediatos y de utilidad más palpable. No tenía tampoco la *astucia dolosa*, otro de los vicios opuestos a la prudencia. Era sagaz, era circunspecto, era penetrante, pero no tenía esa astucia artera que conduce a engañar a los hombres y que tan fácilmente puede ejercitarse cuando se ha llegado a un prestigio de autoridad como el suyo. No tenía tampoco una *inquietud*, una minuciosidad excesiva, sino que estudiaba las cosas de una manera prudente, de una manera llana, y llegaba a formar su juicio de una manera perfecta.

Y es que además de las partes integrantes de la prudencia, compañera inseparable de la justicia, tenía también lo que llama Santo Tomás las partes potenciales de la prudencia. Porque la prudencia comprende tres fases. Para ser un hombre prudente es menester que sepa *deliberar* bien, que sepa sopesar bien el pro y el contra de las cosas, hasta un cierto límite, moderadamente. Para ser un hombre prudente se necesita, además, *formar juicio* de los casos de que se trata según las normas comunes del derecho. Pero viene un momento en que esas normas comunes del derecho fallan; hay hechos en la vida que si nosotros los queremos juzgar por las normas corrientes del derecho, fallarán esas normas, y es entonces cuando viene esa virtud superior, llamada *gnome*, que Santo Tomás define — con Aristóteles — como la facultad de juzgar de los hechos elevándose a principios superiores, ya en un plano más alto que el de esas normas comunes de la prudencia. Y esto — dice Santo Tomás — requiere una cierta perspicacia, y San Raimundo de Peñafort la tenía. Cuando bastaban las normas comunes de la prudencia, juzgaba según estas normas, pero cuando era necesario, sabía elevarse por encima de estas normas, como sucede con el artista que en un momento de inspiración salta por encima de todas las reglas comunes y corrientes del arte y se deja llevar por la inspiración. Para eso sirve el don del Espíritu Santo, en la vida espiritual, para seguir la moción especial de Dios *aún en la vida natural*. Y tenemos a grandes hombres, sobre todo los grandes jurisconsultos, los grandes estadistas, que saben juzgar por normas superiores en casos necesarios.

Para ser prudente se necesita *deliberar* bien, *juzgar* bien, pero sobre todo también *mandar* bien — punto éste, capital dentro de la prudencia—. Dice Santo Tomás que hay hombres que son buenos como deliberativos, pero malos jueces, malos como judicativos; y hombres que son buenos como deliberativos y buenos como judicativos, pero malos preceptivos, no saben mandar. San Raimundo de Peñafort tenía esa deliberación perfecta, completa y acabada, sabiendo considerar el pro y el contra en todos sus aspectos; sabía luego formar juicio con normas comunes o con normas superiores; y sabía mandar. Es así como en todos los asuntos que trató resplandecen los elementos de la prudencia, que Santo Tomás, siguiendo a Aristóteles, nos señala, y que él ya conocía también en su tiempo y los cultivaba en su alma y en sus estudios.

(Continuará, Dios mediante, en el próximo número)

9

# Aparición de los húngaros

Originarios del Asia central, donde llevaban una vida esencialmente nómada, los Magiars, llamados más tarde Húngaros, penetraron en Europa a principios del siglo IX. Se establecieron entre el Don y el Dnieper, donde Metodo, arzobispo de Panonia, intentó, sin gran éxito, de convertirlos al cristianismo. La llegada a estos lugares de la avalancha de los petchenegos (pueblo de raza turca), obligó a los Magiars a desplazarse más hacia el Oeste. Y en 985 se hallaron establecidos en la llanura que bordea el Danubio medio (región del Theis) separados tan sólo de las fronteras de Germania por el Imperio Moravo.

La llanura del Danubio era propicia para un establecimiento prolongado del pueblo que la ocupara — a la sazón, el pueblo húngaro —; el suelo y el clima eran a propósito para el desenvolvimiento de la agricultura. Pero para esto hubiera sido necesario que los Magiars de nómadas que eran, se transformasen en sedentarios. Y este pueblo, esencialmente guerrero, por encima de todo ladrón y amante de las razzias, era completamente incapaz de tal transformación. La espléndida llanura danubiana — que será después la actual Hungría — sólo les sirvió para la cría de caballos, y esto aun con un fin guerrero: asegurarse el éxito de sus raids, extraordinariamente rápidos, con los que durante medio siglo atemorizaron Alemania, Italia e incluso Francia.

La descripción que de ellos hacen cronistas contemporáneos suyos y el Emperador León de Bizancio, los describe como corpulentos, de maxilares fuertes, nervudos, de pelos largos, ojos saltones, feroces como los hunos, y, como ellos también, jinetes consumados.

Su aparición en el marco de la frontera oriental de Germania coincidió con una época de debilidad interna de cada una de las partes integrantes del antiguo Imperio de Carlomagno. En todas partes los últimos carolingios tenían que luchar contra el poder, cada día creciente, de los grandes magnates, que se proclamaban independientes. Circunstancias estas nada favorables para impedir o rechazar con éxito las incursiones de los Magiars.

Los Húngaros hicieron de la llanura del Danubio su campo de operaciones, desde donde realizaban sus devastadoras cabalgatas. Acometieron primero contra los Moravos y, en 905, bajo su presión, desapareció este Imperio y pasó su territorio a formar parte de los dominios húngaros.

Desaparecido aquel pueblo, ya nada les separaba de Germania — cuyas fronteras aproximadas eran los cursos del Elba y del Saale—. Y empezaron ahora las incursiones casi anuales en este territorio y en Italia. Los ducados fronterizos de Sajonia y Baviera fueron los que primero se vieron devastados por esta terrible plaga. Y también la fértil Lombardía, Italia hasta la misma Roma — que en 918 fué saqueada — y la Provenza, fueron atacadas ya desde los primeros años del siglo X.

A pesar de los esfuerzos que para contenerlos hacían los duques germanos; a pesar de que los mismos reyes

de Alemania hicieron cuanto estaba en su mano para tener un ejército lo suficientemente fuerte para derrotarlos definitivamente, los Magiars, en cada expedición, se adentraban más hacia el Oeste. Ya no eran sólo Sajonia y Baviera, sino Franconia y Suabia, Lorena y Borgoña — las que sufrían las devastaciones. En una de estas incursiones, en Italia, llegaron hasta atravesar la Península de Norte a Sur y atacar Otranto.

En 955 los Húngaros, cada vez más envalentonados por los sucesivos éxitos, se dirigieron sobre Alemania con huestes más numerosas que nunca, y llegaron a poner sitio a la ciudad de Aubsburgo. El Obispo de la ciudad, San Ulrico, advertido del peligro, no regateó ningún medio para asegurar la defensa de su ciudad — y con ello, el tiempo para la llegada de las tropas del rey Otón I —: prescribió plegarias y procesiones, hizo reparar las murallas y fortificar las casas, situó fuertes guarniciones en los puntos vitales; con su palabra exhortó a la resistencia y aconsejó el no gastar fuerzas en salidas temerarias. Los Húngaros, que creían que la ciudad se les entregaría rápidamente, tuvieron una gran sorpresa al encontrarse con este dique; sus tropas empezaron a murmurar y no mostraban ningún entusiasmo por el asalto; sus jefes debían usar el látigo para obligarles a combatir. Y estando así, les llegó la noticia de que se acercaba Otón I. Para evitar el ser cogidos entre dos fuegos, los magiars abandonaron el cerco de la ciudad y se prepararon para hacer frente al ejército que avanzaba.

Otón había reunido en Sajonia un magnífico ejército, bien disciplinado, lo había enseñado para que fuera capaz de combatir contra la terrible caballería húngara y lo había dividido en ocho columnas con un jefe valeroso al frente de cada una de ellas. Se proponía con esto coger de sorpresa al ejército húngaro. No lo logró; y, al contrario, parte de sus columnas se vieron atacadas con tal ímpetu que casi les obligó a dispersarse. La derrota hubiera sido definitiva para los germanos, de no haber acudido a tiempo el duque Conrado con las otras columnas. El combate que se trabó, duro y cruel por las dos partes, duró largas horas, hasta que por fin Otón I logró escindir el ejército magiar en dos partes y entró victorioso en la ciudad de Aubsburgo, donde juntamente con el Obispo Ulrico dió gracias a Dios por esta resplandeciente victoria que le valió el sobrenombre de "Grande". Al día siguiente se lanzó en persecución del enemigo, que huía por todas partes en desorden, y llegó vencedor hasta la misma llanura danubiana.

Con esta victoria Otón I hizo ciertamente un gran servicio al Occidente cristiano. Pero también esta derrota redundó en beneficio de los mismos Húngaros: extenuados y temerosos de su poderoso vecino, el rey de Germania, los príncipes húngaros fueron más accesibles a la predicación del cristianismo, y con ello se dulcificaron sus costumbres. Hijo de uno de estos príncipes, que se había convertido, fué San Esteban el fundador del estado Húngaro.

M. V. Roig

# La Corona de San Esteban

## I

Acabamos la lectura de la novela de Geza Gardony "¿Quién eres tú?", que nos parece oír todavía el galopar incesante de los jinetes húngaros por la estepa de Panonia. La fiereza de aquellos primitivos caballeros, cubiertos de pieles de fiera, ha debido impresionar, de seguro, la sensibilidad occidental de los lectores. Sin embargo, después de las invasiones, se humanizaron rápidamente, y si tras sus correrías por los campos europeos la dominación germánica de la Panonia fué quebrantada para siempre y sus colonias al este del Wiener-Wald — la marca Oriental — perdidas, la derrota de Lesch y el fracaso ante los muros de Bizancio — finales del siglo X hicieron que la Horda se estabilizara en la llanura panónica entre el límite fijado por Otón y las fronteras danubianas del imperio bizantino.

Los húngaros del siglo XI no son ya aquellos fieros jinetes que nos describiera Amniano Marcelino. Poco a poco el nomadismo fué desapareciendo y a la vida errante sucede la sedentaria, al pillaje, la explotación pacífica del territorio. El país se puebla de colonos bohemios, sajones, turingios, suevos, griegos... y con ellos penetra el cristianismo.

Así se repuebla una extensa comarca que va desde el arco carpático a las Marcas de Moravia, Baviera y Carintia, y por el sur hasta la corriente del Alt, y a la misma Valaquia y Croacia, salvo las ciudades de la Dalmacia pertenecientes a Venecia. Lo confirma la Geografía anónima del siglo XIV, la "Anonymi Descriptio Europae Orientalis", que, como dice Bratianu — es una descripción de la Europa Oriental, para servir de guía a las expediciones de los reyes angevinos de Sicilia y a los proyectos de cruzada de Carlos de Valois.

Sobre tan extenso territorio existían, antes de la conquista húngara, pequeños principados de población generalmente eslava y dependientes del estado búlgaro, como lo testimonia la primera fuente histórica magiar, el "Anonymus regis Bellae Notharius", y las narraciones de los cronistas francos, pero todos ellos ofrecieron escasa resistencia y después de la conquista fueron absorbidos por el estado húngaro, y, con la monarquía de Esteban I, los príncipes de estos pequeños señoríos fueron asimilados a la categoría de condes del nuevo reino.

Porque los húngaros dejaron sentir el peso de su dominación a las naciones vecinas y su supremacía política se extendió a las dos vertientes de los Cárpatos, a la Hungaro-Valaquia y a la Moldavia, en donde las monedas de sus príncipes llevarán hasta el siglo XV el escudo de armas magiar; y aún los mismos rumanos que por aquel entonces frecuentaban las factorías de Crimea fueron llamados por los documentos italianos medievales *húngaros*.

Este espectáculo de poderío se nos ofrece a partir del siglo XI, siglo de San Esteban; de Boleslao de Polonia; de los Otones del Sacro Imperio; de Basilio de Bizancio.

## II

Hungría es la creación de un rey que se hizo cristiano y que fué bautizado con el nombre de Esteban. Pero antes se había llamado Voico y como tal se nos aparece

por vez primera en una alejada ciudad de la Panonia; Voico nació en Strigonia y desde su primera juventud se ejercitó en el manejo de la lanza y adquirió la destreza del buen jinete. Durante el día acostumbraba a recorrer, llevado por su afición a la caza, los frondosos bosques del ducado paterno y a la caída de la tarde, ya de regreso, se complacía en escuchar las viejas tradiciones de su raza; himnos guerreros recitados al compás de la flauta, que errabundos poetas cantaban en torno a las fogatas de los campamentos.

Unos años más y el joven Voico era un apuesto caballero lleno de ardor y generosidad. Su temperamento le acostumbró a una vida agitada que le puso en contacto con gentes extrañas y de las cuales debía sacar gran provecho con sus enseñanzas. El mismo lo confirmará más tarde diciendo que "un reino donde sólo se oye una sola lengua, donde reina una sola costumbre es débil y quebradizo".

Las relaciones que por entonces sostuvieron los húngaros con el Imperio Germánico influyeron poderosamente en su mentalidad; tanto es así que cuando fué armado caballero lo fué por manos de dos nobles suavos y el día que tuvo que desposarse fué elegida Gisela, hermana del emperador alemán Enrique II.

Por tanto, ya por su educación como por lazos de familia, un estrecho vínculo le unía con Alemania. Y llegado el día en que su padre le designará como sucesor, ante la asamblea de nobles, y prepare la transformación del pueblo húngaro en un gran estado, buscará su modelo en el marco del feudalismo germánico. A las antiguas tribus sucede ahora la división en *comitatus*, cuyo jefe será un conde; el centro del sistema lo constituirá el castillo.

Pero no vaya a creerse que esta transformación se realizó de una manera suave, sin rozamientos. Ni mucho menos. Los súbditos de sus estados eran paganos y sus señores los menos indicados para dar el brazo a torcer. Así es que se empeñaron en llevar la contraria a Esteban, promoviendo frecuentes algaradas, talando sus huestes los campos y cultivos y confabulándose, finalmente, en sitiar la villa de Wesprime. Así andaban de sueltos cuando el duque Esteban decidió poner coto a semejantes desmanes.

El duque reunió sus mesnadas formadas por los señores terratenientes y sus vasallos. Estos, que habían presenciado el saqueo de sus tierras y el espolio de los burgos, acudieron deseosos de ajustar debida cuenta a las arbitrariedades de sus inquietos vecinos. Se pusieron en marcha hacia Wesprime donde llegó la *cavalcata* de Esteban enarbolando en sendos pendones las imágenes de San Martín y San Jorge, bajo cuya advocación se colocaran.

Se entabló batalla; los altaneros feudales fueron reducidos y en trance de reconocer a su señor. Desde entonces existe Hungría y los cabecillas de los antiguos linajes y otros de nuevo cuño se transformaron en los consejeros del Príncipe. En reconocimiento de tan señalada victoria el duque Esteban fundó un Monasterio en honor de San Martín, en el lugar llamado Monte Sagrado.

Desde entonces Esteban no tuvo otra idea que la propagación del cristianismo en sus dominios y mantener la paz con sus vecinos, sin descontar la necesidad de dar a sus estados una estructura definitiva.

Como todo gran príncipe, llámese Trajano, Carlomag-

no, Otón, o como se quiera, fué Esteban un viajero infatigable, siempre deseoso de conocer por sí mismo las necesidades de sus vasallos. Visita sus estados y como dice un contemporáneo suyo, celebra cada fiesta en distinto lugar.

Geográficamente vecino del Imperio Germánico y emparentado con la familia imperial sajona, es natural que fuera Germania la que inspirara su ideal político. En primer lugar, fué Esteban un duque legislador, y el derecho sajón — codificado en 1230 — influyó indudablemente en su programa legislativo; muchas de sus leyes no serán más que copias literales de otras alemanas.

Una vez que — entroncadas las viejas normas consuetudinarias con la legislación de tipo germánico — se encontró Esteban con un acervo jurídico adecuado, creyó conveniente emprender una reforma administrativa, a fin de que aquellas leyes pudieran aplicarse de una manera regular y uniforme. Para ello dividió el país en condados, regentados por los antiguos señores feudales, que ahora se llamarán "comes" u "Obergespan". Ellos resuelven los conflictos entre los vasallos de sus distritos y tienen facultades judiciales, que en último término compiten al duque, y más tarde al *comes palatinus*.

Asimismo, las tierras de cada condado que formaban lo que podríamos llamar "*patrimonio real*", eran poseídas, como *beneficios*, por unos señores feudales llamados *Jobbages*, con la servidumbre de salir a campaña bajo la bandera del condado. En igual forma e idéntica condición se encontraban vasallos, labradores, que poseían el dominio útil de los patrimonios señoriales. Con tal fisonomía se nos ofrece el cuadro de la Hungría feudal, mediante esa cadena cuyos eslabones van desde el duque — más tarde rey — hasta el último labrador sometido a vasallaje.

Y decimos del rey, porque cuando el duque Esteban comprendió que la situación estaba ya madura, presentó a Roma la correspondiente instancia para su coronación. Esto ocurrió en el año 1000. Fué embajador Anastasio, quien solicitó del Papa Silvestre, para su duque, la nueva dignidad. El Pontífice accedió gustoso y añadió a la corona una cruz, pues decía "yo soy el Apostólico pero él merece el nombre de apóstol pues que ha logrado para Cristo una nación tan magnífica".

Volvió Anastasio, portador de cartas apostólicas, de la Corona y de la Cruz. La Cruz fué unida a la corona; las cartas entregadas a Esteban, y un día, ante la asamblea de Prelados y nobles fué coronado y ungido rey.

Sin embargo, no andarían las cosas muy en su lugar porque la nobleza latifundaria, oprimía a los pequeños propietarios en nombre de raros privilegios y, con obtusa mentalidad feudal, pretendían reducir la realeza a un po-

der simplemente nominal. Por todas estas razones el rey Esteban se decidió a promulgar un edicto, mediante el cual, y de una forma persuasiva, se pudieran evitar las violencias y opresiones y para que brillaran en su reino las buenas costumbres.

Pero para que estas buenas costumbres fueran realidad era preciso algo más que un Edicto; era preciso que el pueblo penetrara en las doctrinas cristianas y la mejor manera de conseguirlo era la fundación de Monasterios, abadías, en una palabra, de iglesias.

Dicen los cronistas medievales que el año 1000 fué un año de esplendor para estas edificaciones religiosas. Hasta hubo alguien que lo calificó de "*morbis aedificandi*". Pues bien; este año 1000, que vio el nacimiento del estilo románico y recubrirse el suelo de Europa con la blanca vestidura de sus catedrales románicas, contempló también al suelo húngaro recubrirse de monasterios.

Porque desde la victoria lograda en Wesprime, Esteban no flaqueó un instante en su empeño proselitista e hizo cuanto pudo para propagar el Evangelio. Como dice un autor, entabló relaciones en todas partes de donde podían venir a su país gérmenes de vida. Con Roma; con Rávena, la antigua corte de Teodorico; con Galia, en donde aún permanecía latente la hoguera del renacimiento carolingio que iluminó Europa y desde donde el célebre Fulberto le envió un ejemplar latino de Prisciano; con los monjes de Cluny.

Por otra parte, sus llamamientos a las naciones vecinas tuvieron sus efectos. De Germania, de Polonia, llegaron misioneros, entre ellos el célebre Asterico, llamado también Anastasio, el mismo que irá a Roma para pedir del Pontífice Silvestre la corona para el duque Esteban.

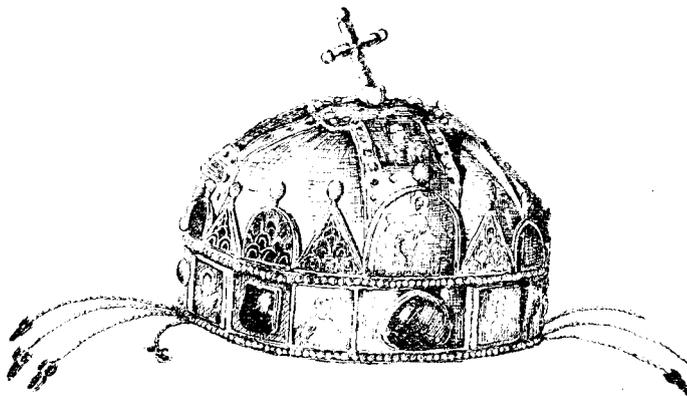
Dividió a su país en 10 Obispados y por propia voluntad designó a Strigonia como Metrópoli, a cuyo frente colocó a Sebastián, monje del monasterio de San Martín.

En pocos años, el suelo de Hungría se había transformado, por obra de estos misioneros, benedictinos en su mayoría. Dió a los monasterios gran número de tierras que pronto se vieron cubiertas por cultivos y viñedos.

### III

Anastasio trajo de Roma la confirmación, por el Pontífice, de los Obispados establecidos por Esteban, y también trajo consigo la corona y unas cartas apostólicas, llenas de admiración por el celo del nuevo prosélito, porque, como en verdad dice Rohbacher, es una cosa maravillosa ver a un sucesor de Atila pedir el reino y la corona al sucesor de San Pedro.

Luis M.<sup>a</sup> Figueras F.



# La caída de Hungría

## en el siglo XVI

En 1521 el Sultán de Turquía, Solimán el Magnífico, ocupó las fortalezas de Szabacs y Belgrado, verdaderas llaves de Hungría, sin más protesta ni resistencia que el heroico sacrificio de sus guarniciones a las que la indolencia y el espíritu de bandería del país no prestó ningún socorro.

En 1524, declaró al rey Luis II que vendría para "apoderarse de su capital Buda, pisotearla en el polvo con todos los suyos y extender sus dominios sobre Hungría, Alemania y toda Europa".

El rey sabía la debilidad interna de su país, pero a tan arrogante provocación ya no podía esquivarse la respuesta, y respondió con la dignidad de un rey cristiano: "Estamos preparados para resistir, con el auxilio de Dios; no tenía más que venir".

Y vino. Con 100.000 hombres y 300 cañones, avanzó entre lluvias torrenciales hasta Belgrado donde aún debían reunirse los genizaros hasta el número de 200.000, mientras que el rey de Hungría y de Bohemia, Marqués de Moravia y Duque de Silesia, se puso en marcha para salirle al encuentro al frente de 3.000 hombres.

Esto era menos que un ejército, era una irrisión. Para reclutar más tropas se apeló a todos los medios. La simbólica espada ensangrentada que indicaba el extremo peligro para la patria, fué llevada por el país indicando que todos los hombres debían ponerse a las órdenes del rey, pero la movilización se hacía sumamente difícil por la escasez de recursos. En la caja de la rica Hungría, no se encontró dinero para pagar a los mensajeros que notificaron que en Buda no había ni un solo cañón.

El waivoda de Transilvania, Zapolya, recibió orden de incorporarse y prometió llegar con 14.000 hombres, pero una estudiada lentitud hizo que estos hombres no pasaran de Szegedin. El palatino Bathory había de venir con más gentes de Transilvania; Bohemia, Moravia y Silesia, anunciaban el envío de tropas, pero ninguna llegaba.

No podía esperarse auxilio del exterior. Inglaterra y Portugal prometieron subsidios, pero estaban muy alejadas y el peligro era inminente. Venecia era amiga del Sultán y le había felicitado por la toma de Rodas. Polonia acababa de firmar las paces con Turquía. Los refuerzos enviados por Carlos V se retrasaban. Sólo el Papa mandó un subsidio y el Archiduque Ferdinando algunas tropas.

A tan críticas circunstancias se unía la oposición y dilaciones de las Dietas, que inconscientes del peligro se entretenían aún en fogosos discursos y no tomaban ninguna decisión práctica, salvo la negativa, de dificultar la acción del rey obligándole a desistir de defender la línea del Save.

Solimán supo sacar partido de todas estas circunstancias desfavorables para los húngaros. Como su numeroso ejército marchaba penosamente y con lentitud a causa del

mal tiempo, la impedimenta de artillería y las dificultades del camino, hizo que el Gran Visir se adelantara con tropas ligeras de avanzada, y mientras los húngaros discutían, se apoderase de Peterdwin, la principal fortaleza del Danubio situada entre el Save y el Drave, para poder desde este poderoso baluarte proteger el paso del grueso del ejército. Ibrahim cumplió su cometido sin gran dificultad y aniquilando la guarnición, que no recibió tampoco ningún socorro, y de este modo se pudo establecer una cabeza de puente sobre el Drave que atravesó el ejército de Solimán por Essek.

Entre tanto, el rey Luis había podido reunir en Tolna unos 25.000 hombres, pero este exiguo ejército carecía de disciplina y de mando. Además, los pareceres sobre lo que había de hacerse eran diversos: Zapolya aconsejaba que el rey no se expusiera y esperase la llegada de sus hombres, más era de temer por su parte una traición pues de todos era conocida su falta de escrúpulos y su ambición por la corona y Bathory mandó decir que era conveniente retirarse a Buda y reclutar más tropas en Moravia y en Silesia.

El rey consideraba la situación sin decidirse, pero al llegar la noticia de que los rumelios, vanguardia del ejército turco, estaban ya cerca, el valor atávico y el recuerdo de las victorias alcanzadas sobre este mismo enemigo por sus antepasados, hizo temerarios a los nobles que rodeaban al rey y pidieron tumultuosamente la batalla. Decían que si ciertamente eran muchas las tropas del Sultán se habían perdido las mejores en la toma de Rodas, que había entre ellas un gran número de italianos y alemanes que no pelearían contra los cristianos, además, ponían una ciega confianza en el valor personal que los animaba y toda prudencia se tachaba de cobardía.

En estas circunstancias el rey decidió que se diera batalla en la llanura de Mohacs donde se habían tomado posiciones, pero entonces surgió otra dificultad. Aun en este momento de supremo peligro en que ya se habían perdido todos los baluartes fronterizos y tenían cerca un enemigo tan poderoso, los nobles mostraron su intransigencia, no queriendo renunciar a uno de sus privilegios, se negaron a pelear si no era bajo el mando del rey.

No faltaban a Luis ánimo regio ni desprecio a la vida, pero no estaba educado para la guerra y nunca había dirigido una batalla. Una mortal palidez indicó que tenía el presentimiento del desastre y de su muerte, pero se rehizo y con la serenidad de un héroe les dijo "Voy a ofrecer mi vida por vosotros y la salud de este reino. Para que ninguno pueda disculparse, mañana iré yo, con el favor de Dios, a donde sin mí no queréis ir".

Se dispuso el ejército en dos líneas. Una de infantes al frente y otra de reserva formada en su mayor parte por caballería, pero olvidando toda precaución no se ocuparon los flancos ni siquiera con una barrera de carros.

Solimán desde una altura que dominaba los dos ejércitos conoció inmediatamente estos errores tácticos, deliró con sus consejeros, y dió las órdenes oportunas.

Los húngaros se lanzaron con ímpetu y la primera línea turca cedió. El palatino Bathóry exclamó: "el enemigo cede, la victoria es nuestra" y por esta brecha se lanzó el resto del ejército con el rey. A todos animaba el ardor de los mártires y el valor de los cruzados. Cada soldado hizo prodigios de valor, pero tenían que obrar por propia iniciativa, pues no había dirección y sus esfuerzos se esterilizaban. Treinta y dos nobles se conjuraron para matar al Sultán y aunque llegaron hasta él y le atacaron, fueron acuchillados por los genizaros. El fuego de los cañones barria las filas húngaras y los turcos iniciaron un movimiento envolvente. Entonces se dieron cuenta de que habían caído en un lazo, flaqueó primero el alar derecha, después la izquierda y el centro y para no ser aprisionado, el resto del ejército tuvo que retirarse hasta el Danubio.

En la retirada el rey herido no podía sostenerse a caballo y por una pendiente cayó al Czelye y murió ahogado.

Mohacs ardía, el camino quedaba libre para los turcos hasta Buda. El sultán entró en su trono de oro y repartió recompensas a sus generales. 20.000 húngaros quedaban muertos en el campo; entre ellos 7 obispos, 28 barones y más de 300 miembros de la alta nobleza.

En hora y media que duró la batalla se decidió la suerte de seis generaciones, pues Hungría tardó siglo y medio en volver a recuperar su personalidad, y entre tanto, tuvo que pasar por la humillación de ver la corona de San Esteban en manos de Solimán, que representaba al enemigo secular de la Europa cristiana.

\* \* \*

Cuando ocurre un desastre de las dimensiones y consecuencias del que se produjo en Mohacs, no se debe solamente a incidencias desgraciadas que determinan la pérdida de una batalla, sino que es la manifestación de un proceso de decadencia y descomposición interna.

Hungría, situada entre oriente y occidente, en la fértil cuenca del Danubio, con extensos territorios unidos, poblados y fáciles de defender, fué durante siglos el escudo con que Europa paró los golpes de la espada del Islam.

Tuvo grandes reyes, santos y héroes. Reyes organizadores y conquistadores como San Esteban, el primero de la dinastía nacional de Aspar que duró hasta el siglo XIV; Luis el Grande y Matías Corvino, que elevaron el poderío del reino magiar a gran altura y héroes como Hunyada y Kinizsi que supieron dominar a los enemigos más poderosos.

La realeza tuvo épocas de verdadero esplendor y riqueza; así vemos que en tiempos de Andrés II, la princesa real, que fué más tarde Santa Isabel, es llevada en cuna de oro a Turingia para que creciese junto al heredero, de quien era prometida desde que nació, y vemos también el fausto sin igual que desplegaron muchos reyes, especialmente en los banquetes de la coronación.

Sin embargo, desde que se extinguió la dinastía nacional y la corona se hizo electiva, la inquieta y turbulenta nobleza magiar, cuyo valor personal jamás fué desmentido, llena de orgullo por sus felices éxitos, tornóse ambiciosa de poder personal y no miraba sino la manera de conservar y aumentar sus privilegios a costa del poder real, poniendo todo su empeño en proteger las aspiraciones de los monarcas más débiles, para arrancarles privilegios sin que pudieran oponerse a sus desafueros.

En estas circunstancias, sólo un rey o un caudillo de acusada y vigorosa personalidad, podía con mano firme dar a estas grandes fuerzas individuales de la nobleza la

cohesión necesaria para triunfar en la guerra o imponerles su autoridad en tiempo de paz.

Tal fué el caso, entre otros, de Matías Corvino que empleó la misma energía para tener a raya a los magiares que para luchar contra los turcos o los austríacos. Por esto también a su muerte los oligarcas, descartando a su hijo, decidieron dar la corona a Wladislao de Bohemia, príncipe de la casa de los Jagellones, cuyo carácter indolente les hizo esperar que recuperarían el ascendiente que habían perdido bajo el duro gobierno de Matías.

Así fué en efecto, y por desgracia para Hungría, esto sucedió precisamente en la época de transición de la edad media a la edad moderna, o sea a finales del siglo XV y principios del XVI.

En esta época de grandes transformaciones políticas en Europa y de creciente poder del Imperio turco, gobernado por soberanos que tenían planes de gran magnitud y los ejecutaban con seguridad y rapidez, el peso de la corona de Hungría, recayó en el débil Wladislao que no poseía ninguna de las cualidades necesarias para dominar la situación interior, hacer frente a Turquía y poner al país en condiciones de seguir el ritmo de las demás naciones europeas.

Se estableció una verdadera anarquía de la aristocracia respecto al rey al que imponían las resoluciones de las Dietas, y éstas continuaban con su organización rudimentaria y no eran más que instrumentos de la nobleza que ventilaba en ellas sus rivalidades personales y en las que el egoísmo de cada uno estimaba demasiado sus propios intereses para ocuparse del peligro común que representaban los turcos. Menos atención ponían aún a la evolución de los tiempos y desconocían y desatendían la política exterior. No cuidaron de enviar embajadores a las naciones ni de formar un cuerpo diplomático que les procurase alianzas positivas en Europa con las que pudieran contar en un momento de apuro.

Cuando a la muerte de Wladislao le sucedió su hijo Luis, que fué el héroe desgraciado de Mohacs, las cosas fueron todavía peor. No tenía ni la voluntad firme ni el ánimo decidido que se requería sino que "era de índole suave y corazón lleno de bondad" con lo cual los daños crecieron todavía más y lo que aún quedaba de disciplina militar se perdió enteramente.

Su padre, para librarle de las intrigas cortesanas y especialmente de la ambición de Zapolya, le procuró el apoyo de una alianza matrimonial con las casas reinantes europeas casándole con María de Austria. Esta, por su parte, con la clarividencia de mujer enamorada, vió lo crítica que era la situación y procuró ganar piso firme en el suelo socavado de la corte, pero pronto se dió cuenta de que hasta Bathory, jefe del partido cortesano, sólo trabajaba para él y quería despojarles hasta del último destello del poder real. La hermosa princesa, nieta de la gran reina española Isabel la Católica y de Maximiliano de Austria, hermana del Emperador Carlos V, de las reinas de Francia y Portugal y del archiduque Ferdinando, sólo pudo lograr fortalecer en sí, la confianza y el amor en su esposo y compartir con él la humillación de soportar el vacío del abandono en que se hallaban.

Era un estado poco menos que insostenible. El rey era menospreciado, la corte vivía de préstamos, el pueblo estaba oprimido por el desenfreno de los nobles y las fronteras del reino eran impunemente asoladas, porque no se encontraban 50 ducados para mandar pólvora a sus guarniciones. Entre tanto, los magnates "vivían con prodigalidad, en lujo casi increíble, emulando sobre quien superaría al otro en derroche y riqueza y se presentaban a la corte acompañados de gran número de gentes armadas al son de cuernos y trompetas no haciendo menos ruido

que un campamento". Pero esto eran sólo alardes con que satisfacían su inútil vanidad, se habían relajado y carecían de organización y así cuando el país necesitó defensa positiva sólo pudieron poner en pie de guerra 25.000 hombres cuando la nación daba para leva de casi 200.000.

En medio de tanta imprevisión y desorden fué cuando llegó la acometida de Solimán que en vez de encontrar frente a frente un país unido, o una coalición europea como encontró más tarde en Lepanto, no tuvo que luchar más que con un insignificante ejército indisciplinado que destruyó sin esfuerzo y sin que nadie en Europa elevara la más mínima protesta.

Así es que la derrota de Mohacs vino "porque había de venir" y en la misma Hungría no habían faltado hombres de visión clara que la anunciaban y la creían inevitable. La víspera de la batalla, el obispo Pereny, dijo: "Mañana, 20.000 húngaros morirán por la fe de Cristo; si el Canciller queda con vida puede dirigirse a Roma a pedir la beatificación"; el enviado de Maximiliano a la corte había escrito: "Hay una tal propensión a la decadencia o mejor a la confusión, que todo el que tenga alguna experiencia verá que esta nación sometida a tan grandes perjuicios, debe arruinarse aunque no tenga en las fronteras un solo enemigo" y se comparaba a Hungría con "Un árbol alto, consumido interiormente de gusanos, cuyas raíces están podridas, que todavía levanta la cabe-

za a lo alto, pero que el ímpetu de cualquier viento lo puede derribar en tierra hecho a pedazos".

Por lo tanto, no ya el choque con el poderoso ejército de Solimán, sino el ataque de cualquier enemigo hubiera provocado el derrumbamiento del país, que no sólo quedó derrotado en Mohacs, sino que a consecuencia de esta derrota, quedó paralizado e impotente para impedir que se consolidase en gran parte de su territorio el dominio otomano. Siglo y medio permaneció en este estado de esclavitud. El país húngaro, dividido, era, en el mejor de los casos, vasallo o tributario del enemigo de la Cristianidad. La casa imperial de Habsburgo velaba, sin embargo, sobre la Hungría esclavizada. Cuando —a su vez auxiliado por el gran Sóbieski— pudo definitivamente rechazar las huestes turcas de los muros de Viena, el Emperador Leopoldo I, emprendió la campaña de liberación. En 1699 el gran general imperial, Eugenio de Saboya, obtuvo la victoria de Zenta a la que siguió la paz de Karlowitz. Hungría respiraba, en fin, libre. Su adhesión, desde entonces, a la casa Habsburguesa, fué de una fidelidad a toda prueba, y en momentos difíciles el bravo pueblo magiar sostuvo la vacilante corona de los emperadores, de Alemania primero, de Austria después. Esta fidelidad —salvo circunstancias alternativas revolucionarias— había de subsistir hasta 1918.

*María Asunción López*



# Hungría, salvadora de la unidad europea

## MARÍA TERESA

El mes de junio de 1741 vió llegar a la capital de Hungría una soberana atribulada que acudía a impetrar el auxilio de su pueblo para defender la libertad de la patria, el prestigio de una dinastía secular y la unidad de un imperio histórico. Eran momentos de dolor y de zozobra en que todo amenazaba hundirse. Austria había sido atacada por potentes ejércitos que se aproximaban a la capital. Urgía levantar un dique contra los invasores coaligados. Y María Teresa, la joven soberana recién ascendida al trono, recurrió al pueblo húngaro como único capaz de forjar el instrumento militar adecuado para oponer resistencia eficiente al alud.

Archiduquesa de Austria, Reina de Bohemia y de Hungría, confió en el esfuerzo y lealtad de esta milenaria nación, contra el parecer de sus consejeros austríacos, cuando todo parecía perdido. María Teresa supo galvanizar al pueblo húngaro, otras veces dislocado y hosco dentro del imperio de los Habsburgos. Hungría, atendió el clamor de su soberana y salvó en aquella ocasión la unidad católica europea, consiguiendo la subsistencia del Imperio tradicional, amenazado de suplantación por otro distinto de concepción luterana.

Hungría conoció días de emoción patriótica a la llegada de su soberana. Esta convocó la Dieta, otorgó cuanto buenamente pudo de las no escasas peticiones de sus súbditos; fué coronada triunfalmente, revestida con los símbolos de la realeza de San Esteban y jurada por todos los estamentos. Con su hijo en brazos, la espada al cinto, se dirigió en términos conmovedores a los magnates húngaros recabando su esfuerzo para la guerra. "Estamos abandonados de todos —les dijo— nuestro único refugio son la fidelidad de estos gloriosos Estamentos, las armas y antiguo espíritu heroico de esta nación". La belleza de la joven soberana, el ardor de sus palabras, sus mismas lágrimas, electrizaron aquellos hombres, que, renaciendo en ellos las virtudes ancestrales de su pueblo, exclamaron mientras desenvainaban sus sables: "¡Vida y sangre por Vuestra Majestad! ¡Queremos morir por nuestro rey María Teresa!".

Y así fué en efecto; de Hungría, Croacia, Eslovenia, Transilvania, surgieron los ejércitos que se opusieron a la marcha del Rey de Baviera, y Viena se salvó. Con ello María Teresa pudo afianzar su posición y aprestarse para la larga lucha.

\* \* \*

Hija del Emperador Carlos VI —el que fué Conde de Barcelona y pretendiente a la corona de España a la muerte del último de nuestros Austrias—, María Teresa ocupó el trono a los veintitrés años de edad, desposada por amor con el príncipe Francisco de Lorena, luego del fallecimiento de su padre, en octubre de 1740.

Carlos VI, privado de sucesión masculina, aseguró el reinado de su hija mediante la Prágmatica sanción, promulgada en 1713, que establecía un orden sucesorio para los dominios austriacos, reconocido y garantizado por los distintos Estados europeos.



La solución paterna dada al problema dinástico, unida al carácter de la nueva reina, soberana solícita para los afanes e inquietudes de sus pueblos, esposa fiel, virtuosa, ajena a las intrigas y corrupciones de la época, dotada de inteligencia y cultura suficientes, permitían augurar un reinado plácido, capaz de proporcionar a Austria años de paz y sosiego, necesarios para cicatrizar viejas heridas, cosechadas en guerras de liquidación reciente.

Más no pudo ser así. El reinado de María Teresa fué desde el principio un continuo batallar en defensa de sus derechos y de los de sus Estados, amenazados de desaparecer como potencia europea. Las múltiples situaciones difíciles y delicadas fueron, no obstante, superadas, gracias al tesón y al esfuerzo militar y político de la reina, que demostró poseer un temple varonil superior al de varias cabezas coronadas del otro sexo, que por aquellos tiempos no diremos gobernaban sino mejor entenebrecían los destinos de Europa.

La novel reina encontró en su camino un obstáculo, para ella y su nación, poco menos que insuperable. Otro rey, ascendido al trono en el mismo año, anhelante de gloria militar y con sueños imperialistas, turbó su felicidad. Federico II de Prusia, el príncipe que tuvo que aprender por la violencia su futuro oficio de rey, que una vez subido al trono se reveló como un genio.

Buena parte del reinado de María Teresa es una lucha titánica con Federico, a cuyo alrededor se acumulan episodios varios de la contienda general por la hegemonía europea y aún universal. Cuando en el último tercio cede la guerra, es debido al natural agotamiento de ambos beligerantes, a la intervención de nuevos personajes, como el Emperador José II y el Ministro Kaunitz, y más especialmente a la aparición de otra víctima sobre la cual cebaron los antiguos contendientes: Polonia.

María Teresa y Federico II representan dos fases, dos direcciones distintas de la hegemonía alemana, en marcha hacia la estructuración de un Reich imperial unitario, conseguido en tiempos posteriores. La reina representa la tradición austriaca, católica, que logra una unidad espiritual de los pueblos germanos mediante el imperio, más nominal que efectivo, continuación del Sacro Imperio Romano Germánico. Federico, de formación enciclopedista, no le importa la continuidad del imperio tradicional; aspira a otro más eficiente, bajo la dirección de Prusia, luterana, estrictamente alemán. Para conseguirlo, le urge engrandecer a Prusia, dar muestras de su consistencia militar, elevarla a la categoría de potencia de primer orden, nivel que sólo el éxito de las armas puede proporcionar.

Solamente en los años postreros de su reinado, en coloquio amistoso Federico y José II, reconocían la unidad de raza de sus dos Estados y la lógica indiferencia de ambos por problemas coloniales lejanos, que agitaban las potencias, con excesivo olvido de la sangre germana que por ellos se había derramado. Con todo, las bases del gran edificio alemán estaban puestas por Federico II, de cuyo reinado prusiano debía surgir en lo venidero la nueva Alemania, en demérito de Austria en declive lento y constante.

María Teresa, reaccionó, empero, enérgicamente, ante la agresión prusiana y la conflagración europea subsiguiente. Primero consiguió fundir la unidad de sus Estados, dislocados siempre por cuestiones étnicas y políticas, de los que Hungría fué su salvación y su más firme sostén. Luego intentó con ahínco la búsqueda de aliados, no consiguiendo la ayuda material de Rusia, ocupada en la resolución de otros conflictos con los países nórdicos, hábilmente suscitados por el rey prusiano. Inglaterra fué su aliada, pero colocada en una situación habilitada y sin intensificar su ayuda hasta apartar de la contienda a Federico II, hecho producido mediante la Paz de Breslau, en 1742, concertada por María Teresa, tras penosa resistencia, bajo la presión inglesa, después de serios reveses para sus armas. El aumento de apoyo material británico determinó una ampliación de los aliados de Austria, con el Rey de Cerdeña, en virtud del Tratado de Worms, en 1743.

Del otro lado, bajo el pretexto de ayudar a Carlos Alberto de Baviera, proclamado Emperador de Alemania, pretendiente al trono de Carlos VI, luchaban Prusia, Baviera, Sajonia y Francia, coalición acrecentada luego con la entrada en España en la guerra, a través del Tratado de Fontainebleau de 1743, con el propósito de conseguir un reino para Don Felipe, hijo de Isabel de Farnesio.

No pretendemos describir las incidencias de la larga lucha, de suerte alterna, salvo los períodos de preponderancia del rey prusiano, desarrollada en campos de batalla

dispares desde Silesia hasta el Rin, y en los siempre propicios al combate de Flandes e Italia. Apartado Federico de la contienda por la Paz de Breslau, la lucha en realidad concentróse entre Austria e Inglaterra de un lado y Francia del otro, hasta que en 1744, surgió de nuevo el prusiano, consiguiendo la para él definitiva Paz de Dresde en 1745, que consolidó sus victorias.

No obstante, María Teresa consiguió atraerse a su campo Baviera y Sajonia, limpiar de enemigos Bohemia, proclamar Emperador a su esposo Francisco de Lorena, a la muerte de Carlos VII, y finalmente, terminar la guerra con Francia y España, por el tratado de Aquisgrán, que le reconocía la integridad de su corona tal como la heredara de su padre, salvo la Silesia cedida a Prusia. Término de una inperiosa guerra defensiva por la propia existencia.

No fué definitiva la paz. Los recelos subsistían y las ansias que alimentaron la guerra anterior no se extinguieron, antes bien, eran acrecentadas por el afán de ampliar conquistas y dominios. Tras un descanso de ocho años, los mismos Estados se aprestaron a la guerra, esta vez por término de siete años, plazo que dió nombre a la contienda, aunque agrupados en forma distinta, en mejor consonancia con su posición y sus propósitos en el panorama político.

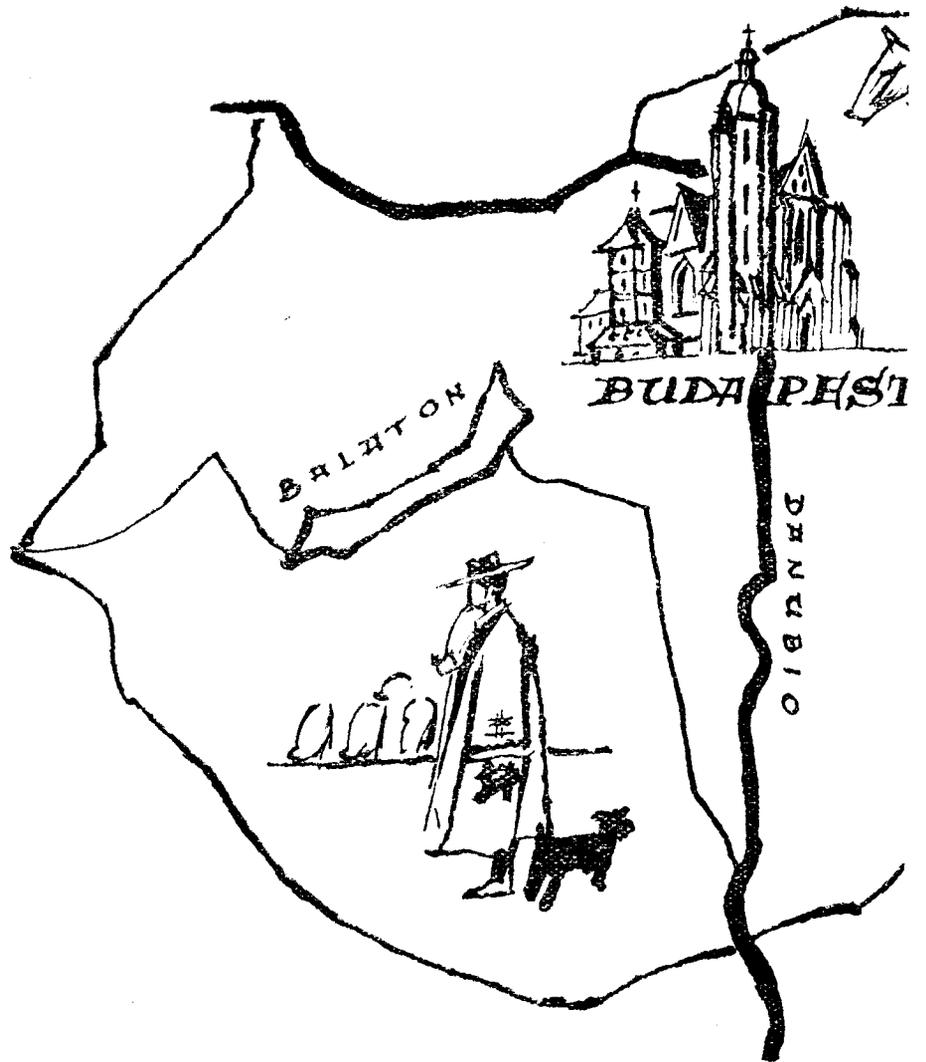
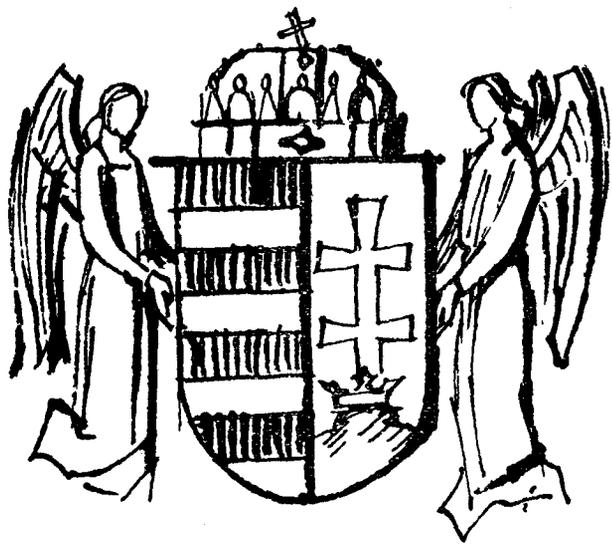
Formaron en un bando los Estados que podríamos decir debían adoptar una posición defensiva, conservadora, mientras en el otro se juntaron los que audazmente aspiraban a una perspectiva más opulenta. Por vez primera, lucharon juntos Prusia e Inglaterra, al propio tiempo que, en el campo opuesto, eran aliados Austria y Francia, a los que se añadieron Rusia, Sajonia, Suecia, la mayoría de los príncipes alemanes y con posterioridad España y los Borbones de Italia.

En resumen, la guerra tuvo dos únicas finalidades. La lucha de Prusia contra Austria por la hegemonía germana; el asalto inglés al poderío colonial de Francia y España. Los sueños imperialistas de Federico II y Guillermo Pitt se conjugaron, posibilitados por la disparidad de sus respectivos campos de operaciones. Prusia llevó el peso de la guerra en Europa y en hombres; Inglaterra en el mar y en dinero.

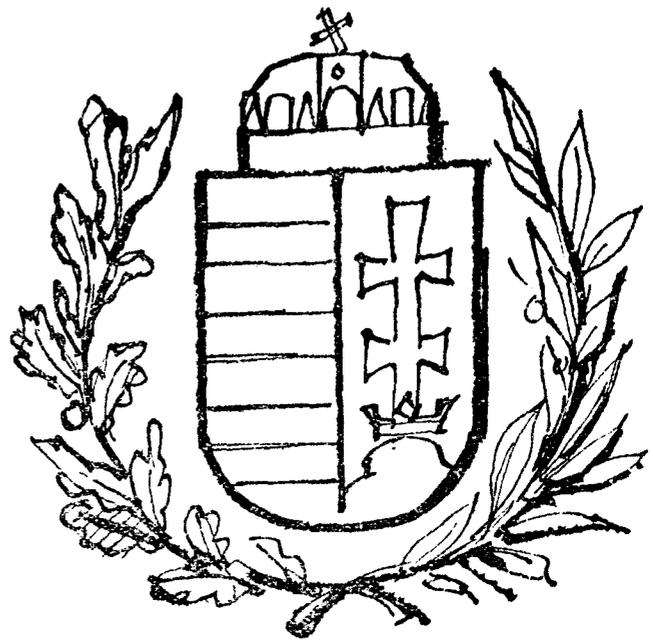
María Teresa, con la ayuda en esta ocasión de Rusia, pudo hacer frente a su singular enemigo, que se debatió denodadamente contra la multiplicidad de sus contrarios, haciendo gala de la disciplina de su pueblo y de su talento estratégico. Empezada la guerra en 1756, a un ritmo poco acelerado, en los diversos años posteriores conocieron suertes variadas los beligerantes, en extremo apurados para el rey de Prusia los años 1758 y 1759, en los cuales una mayor decisión de los austriacos y sus aliados, le hubiera acaso asestado un golpe definitivo. En cambio, en 1760 logró Federico restablecer la situación a su favor.

Los años siguientes condujeron al desenlace de la guerra. Primero fué la paz entre Inglaterra, Francia y España, en extremo beneficiosa para aquella potencia, concluida en París en 1763, que privó a Prusia de su aliada, circunstancia compensada por la defección de Rusia, y con ella la de Suecia, a la muerte de la zarina Isabel. Quedaron enfrentados Prusia y Austria como últimos rivales, hasta la paz de Hubertusburgo firmada a principios de febrero del año 1763.

La paz restableció el estado anterior de cosas existente, reconociéndose las antiguas conquistas de Federico II y la intangibilidad de los dominios austro-húngaros, así como la elevación a la dignidad imperial del primogénito de María Teresa. Prácticamente en Europa la guerra fué estéril en cuanto a conquistas y sirvió sólo para afianzar a Prusia y Austria en sus respectivas posiciones: de pres-



# HUNGRIA



tigio militar la primera, con rango de gran potencia; de afianzamiento de la situación política de Austria, difícil de destruir impunemente. Francia salió en verdad mal parada de la contienda, a cargo de su imperio colonial, en exclusivo beneficio de Inglaterra.

Finalmente cesaron las luchas armadas en la Europa Central, sin que por ello cesara Federico en su política de predominio. Austria comprendió que era enemigo superior a sus fuerzas y procuró en años sucesivos contemporizar con su rival prusiano. Aún intentó mediar en beneficio de Turquía en las contiendas del imperio otomano y Catalina de Rusia. La aproximación entre la Emperatriz y Prusia frenó todo posible empeño austriaco y la decidida voluntad de paz de María Teresa acabó por imponerse.

El afianzamiento de la situación de convivencia se buscó en la desmembración y subsiguientes repartos de Polonia, víctima desgraciada en el último tercio del siglo XVIII de los apetitos de sus poderosos vecinos. El primer reparto tuvo lugar en tiempos de María Teresa y le proporcionó la Galitzia, compensación tardía a la pérdida no recuperada de Silesia.

La desmembración polaca y la política poco leal ante Turquía, acongojaron los últimos años del reinado de María Teresa. Cuando en plena guerra de los siete años perdió a su amado esposo Francisco, asoció al Gobierno del Estado a su hijo José, Emperador a la muerte de su padre, con el título de co-regente. Más pronto surgieron

discrepancias entre madre e hijo, conciliadas a veces por el ministro Kaunitz. La rectitud de la reina no se avenía con los métodos de gobierno más elásticos, influenciados por tendencias modernas, del nuevo Emperador. Culminaron los disgustos en la cuestión del reparto de Polonia, sugerido por Federico II y aceptado por José, sin la anuencia de su madre, a cuya conciencia repugnó el despojo.

También la alianza con Francia fué objeto de desasosiegos familiares para María Teresa. Trajo consigo el casamiento de su hija María Antonieta con el nieto de Luis XV, la víctima de cincuenta años de desaciertos. La convivencia de su hija querida en la corrompida corte de Versalles, forzosamente tenía que atormentar el corazón de madre tan austera como María Teresa, más todavía al ser conocedora de los devaneos sino pecaminosos cuando menos ligeros de su hija. No le faltaron a ésta las advertencias amorosas de la madre y del hermano. La archiduquesa convertida en Delfina y después en Reina de Francia, seguía empero revoloteando sobre la charca de la corte francesa. Reaccionó a tiempo cuando llamó fuerte la adversidad y terminó sus días con ejemplar entereza, como digna hija de la gran archiduquesa de Austria, Reina de Hungría y de Bohemia, hija, esposa y madre de Emperadores, que pudo morir a tiempo para no contemplar como la graciosa cabeza de su hija caía como prenda de una desventurada alianza entre Francia y Austria.

*Jorge Galbany.*



# DE KOSSUTH A BELA-KUN

## RUINAS DE IMPERIO

Por la paz de Presburgo (1805) el Sacro Imperio Romano Germánico, casi cadáver ya de hecho, dejó de existir, de derecho, víctima del Gran Corso, que liquidó, así, la continuidad creada por Augusto, resucitada más tarde por Carlo Magno, al ser coronado éste Emperador en la Navidad del año 800 por el Pontífice. La casa de Habsburgo, que casi continuamente venía detentando la dignidad Imperial electiva-hereditaria, hubo de limitarse, en la persona de Francisco II, que pasó así a ser otra vez Francisco I, al título de Emperador de Austria o sea Emperador de unos Estados, pero no Emperador europeo. Pero aún, por obra del gran Metternich, la casa de Habsburgo, privada de su función imperial trascendental, conservó otra de carácter aún semi-europeo, constituyendo el núcleo de la Santa Alianza que mantuvo, bien o mal, un equilibrio en Europa durante treinta y cinco años. Al producirse la gran revolución de 1848, cesa ya definitivamente la fecunda actuación centrífuga de esta casi milenaria Dinastía, la cual bajo los golpes del destino, debe replegarse hacia adentro, sin otra ambición ya que la de salvar sus propios Estados. Entonces, y solo entonces, Austria—ahora ya es Austria, plenamente, y pronto será Austria-Hungría—es un Estado como los demás de Europa, que, por su índole y extensión, merece aún el nombre—esta vez simplemente político, no universal—de Imperio, por ser una reunión federativa de multitud de naciones bajo la dirección y jefatura de los alemanes de Viena.

Apeada definitivamente de sus milenarias funciones universales, encuentra a su Austria el joven Francisco José cuando, como consecuencia de la Revolución de 1848, recoge la herencia de su tío Fernando I, obligado a abdicar espantado de tanta responsabilidad. ¡; Digno prólogo de un reinado de vicisitudes y de pruebas!! Recoge la corona de San Esteban cuando la insurrección se extiende por todos sus dominios: Viena, Praga, Milán, Budapest. Estas dos últimas capitales representan dos pueblos que se levantan: el lombardo hacia la unidad italiana, el húngaro hacia la independencia. El primero bajo el signo liberal de Carlos Alberto, el rey piemontés que desafía al Austria cuando la ve víctima de su conflicto interior; el segundo bajo el signo sectario de Kossuth.

## KOSSUTH

¡Kossuth! Hay nombres simbólicos que son exponente de una época, a menudo tristemente. Este es uno de ellos, como los de sus contemporáneos Garibaldi y Mazzini, portaestandartes también de la Revolución en el siglo XIX.

Menos popular, por lo menos en el occidente de Europa, que sus dos dignos compañeros, la figura del revolucionario húngaro no es por ello a su vez menos trascendental. Por el contrario: puede afirmarse que la acción de Kossuth fué con mucho la más tenaz y profunda. El revolucionario húngaro es el tipo acabado del sectario, laborando siempre por su causa, a menudo desde la oscuridad, y con este desconcertante desinterés que algunas veces vemos en los impíos, que saben dejar de lado su ambición y su brillo personal ante los superiores intereses del triunfo de su idea. Secreto éste que solamente se explica por la misteriosa acción del Espíritu de las Tinieblas, y cuya observación produce el escalofrío de una posible mística diabólica, que la ligereza y fatuidad del ac-

tual siglo ha pretendido ocultar y sobre la que no estará de más repetir aquí la frase de Sertillanges aparecida poco ha en las páginas de esta Revista: "La obra maestra de Satanás es la de hacer creer que no existe".

## DE BALUARTE DEL HONOR A ADELANTADO DE LA REVOLUCIÓN

Extraño sino éste en un pueblo magnífico como el magiar.

El fué la principal escena, y, cuando quedaba libre, el principal apoyo, de los Habsburgo. Estos detuvieron, años enteros, al Turco, incluso con el sacrificio de la noble Hungría. Por fin Dios envió a Sobieski, el claro caballero, en su ayuda, cuando Hungría gemía bajo el yugo del Islamismo. Mas entra el siglo XVIII. Ya no había desgraciadamente, ni en la propia Austria, ideales puramente católicos: pero aún así la Corte de Viena es un modelo y un reproche para la incrédula y libidinosa época de Luis XV, de Catalina y del Sans-Souci de Federico. Mientras en París las prostitutas reales reciben el trato de Rinas, a orillas del Danubio, María Teresa imponía una vida de seriedad austera. La fiel Hungría es la primera de las espadas habsburguesas y, sin pertenecer al Imperio, presta su apoyo siempre a los Emperadores. Cuando María Teresa abandonada de todos, desvalida, traicionada, va a perder la corona, la fiel nobleza magiar, olvidando su carácter levantisco, se agrupa caballeramente alrededor de ella, salvando a la soberana.

Mas, extraño sino: adentrado el siglo XIX, la cuestión nacional empujó a Hungría hacia el lado revolucionario, en su empeño de equiparar sus derechos a los de los alemanes austriacos que detentaban la hegemonía del Imperio. Y, siquiera momentáneamente, vemos al heroico pueblo magiar abocado a la pendiente hasta el punto—consecuencia en cierto modo de la virilidad de la raza—de convertirse, de baluarte de honor que había sido, en circunstancial adelantado de la revolución.

## 1848-1849

Resumamos a grandes rasgos, vista desde Hungría, la tremenda Revolución, que estalló—eco de la de febrero de París, que se extendió como un reguero a toda Europa, excepto a España, donde tropezó con la entereza de un Narváez—el 13 de marzo, en Viena. Conmovióse el pueblo magiar, por apreciar aquella una ocasión única para lograr las reivindicaciones nacionales. ¿No acababa de hundirse, como un símbolo, aquel Metternich que bien o mal había logrado apuntalar el equilibrio de una Europa agrietada durante treinta y cinco años?

Junto con las nacionales, surgieron también reivindicaciones sociales. Algunas, las propiamente sociales, justas. Otras, entre ellas las religiosas, revolucionarias. Mas aún las primeras cayeron pronto en el fácil extremismo a que conducía la natural tendencia de sus jefes.

En otoño de 1848 se formalizó la guerra. De una parte, Austria auxiliaba a los separatistas croatas, antihúngaros, y Hungría a los revolucionarios austriacos y posiblemente a los checos, separatistas de Austria. Austria tenía su confianza puesta en el general Windischgrätz, generalísimo de sus ejércitos y a la cabeza de los que marcharon a ahogar la sublevación húngara, más, a primeros de 1849, los magiares lograron derrotarle.

Declarada en 14 de abril la deposición de la dinastía



KOSSUTH

Habsburgo-Lorena y la completa independencia húngara, el joven Emperador Francisco José — de quien hablamos luego extensamente — pidió auxilio a Rusia, el coloso, último baluarte de la “reacción” y de la vieja Santa Alianza.

La intervención del Zar cambió las cosas. Al mando de Lüder, 180.000 hombres se abatieron sobre el ejército recién formado por Kossuth (nombrado Gobernador del Estado, “Kormány-zo”) que no ascendía a 135.000, bajo el mando del experto Görgei. Después de la resistencia propia de un pueblo de tradición heroica — siquiera aquí la causa fuese desviada — el dictador Kossuth se rindió a los rusos (significando así que no se consideraba vencido por los austriacos) en Világos, huyendo luego a Turquía. Rusia había salvado al Imperio de los Habsburgo.

Y con él, había apuntalado una vez más el edificio de la vieja Europa. Mas ya era solo la espada la que lo lograba. De la Santa Alianza de Metternich, nada quedaba. En definitiva, el liberalismo del siglo se alzaba ya sobre el horizonte del continente, apenas apaciguado de aquellos dos años de agitación y sangre.

## RESTAURACIÓN DEL ESTADO HÚNGARO

Las dificultades enormes y múltiples de la Corte de Viena, aún en guerra con el Piamonte, la llevaron a solucionar la cuestión húngara hacia caminos más pacíficos.

Y menester es proclamar que la solución, si no inmediata, acabó siendo tan justa, natural, tan apropiada al temperamento de los pueblos, y, al propio tiempo, tan hábil y diplomática, que de ella salió el Estado Austro-Húngaro cuya solidez se demostró en largos años, puesto que para destruirlo, fué necesaria una catástrofe de la magnitud de 1918, colofón de la trágica I Guerra Mundial.

La solución fué el establecimiento de la Monarquía dual. En resumen: la igualdad interior de derechos y categoría de ambos Estados, al austriaco y el húngaro, conservando solamente el primero la dirección en cuanto se refería a política exterior (y tan sólo en el hecho de radicar dicha dirección en Viena, sin ningún obstáculo para que los magiares interviniesen en ella, hasta el punto de llegar a ser casi tradicional que los ministros de Relaciones exteriores fuesen de nacionalidad húngara).

Es cierto que a esta evolución contribuyeron los acontecimientos exteriores, que iban debilitando a Austria, y

al gran error de ésta al no auxiliar a Rusia en ocasión de la guerra de Crimea, que tenía la significación de la lucha del liberalismo contra los viejos Imperios. Austria fué ingrata con Rusia, más pagó caro su ingratitud, pues a su vez, se vió sola más tarde ante el peligro. Veamos cual fué éste.

Vencido el Piamonte en 1849, no por esto llegó a cejar. Un gran político, su ministro Cavour, apoyado por la Secta, preparó la unidad italiana. En 1858 se reúne en Plombières con el eterno conspirador coronado, el carbonario Napoleón III, y acuerdan el trato. Savoya y Niza son el precio. A cambio de ello, la unidad, bajo la dinastía sarda, del Norte de Italia, que el zorro ministro piomontés sabe bien se extenderá, como mancha de aceite, a toda la Península... Magenta y Solferino. El poder militar francés, echa a los austriacos de Milán, donde dominaba el Habsburgo desde la Paz de Utrech.

Luego, en 1866, es Sadowa. El Cavour de Alemania, Bismarck, corona el dualismo de dos siglos entre Berlín y Viena. Prusia arrolla a Austria y obtiene, definitivamente, la hegemonía germánica. Cobardemente atacado por la Italia de Florencia, de Víctor Manuel, bastan unas pocas divisiones para repetir la suerte de Novara, en Custoza (donde, diez y seis años antes, fueran otra vez derrotados los italianos); pero Bismarck — la Secta, que a todo precio quiere que el fruto definitivo de esta maquinación sea la pérdida del Poder Temporal del Papado — exige que Francisco José ceda Venecia a Italia, salvándose el honor — como antes, en la Paz de Villafranca con el Milanésado — con la farsa de la cesión de la Provincia a Napoleón III, o con la actuación de éste como mediador.

Todas estas catástrofes, debilitando la vieja Austria, hicieron a ésta sentir la necesidad de apoyarse en el noble pueblo magiar. Y así vemos como terminada la guerra de 1867, en 17 de febrero, se restablece la Constitución de 1848 y se constituye un Ministerio responsable bajo la presidencia del Conde Julio Andrassy. Hungría llega a un verdadero Estado, con atributos de soberanía: la Monarquía, dual. Era, verdaderamente, Austria-Hungría. Así, con guión. En 8 de junio de 1867 se celebró en Pest, con todo el ceremonial propio de aquellos inmensos palacios que dominan el Danubio — constituyendo el mejor motivo de la más bella de las capitales de Europa, hoy devastada e incendiada por los ejércitos bolcheviques — la coronación del Emperador como Rey de Hungría, y sucesor de San Esteban. La reconciliación estaba sellada.

## EL ÚLTIMO REY DE HUNGRÍA

La figura de Francisco José, que aquí vemos como último monarca magiar, simpática y patriarcal, se recorta sobre el “fin de siglo”. Ojos dulces, bigote espeso y grandes patillas; su traje de feld-mariscal, guerrera azul, pantalón negro con doble banda roja y kepis clásico. En los momentos de gala, la clásica guerrera blanca. El viejo Emperador preside las vidas de Viena y Budapest, la vida de las capitales más auténticamente elegantes hasta 1914, que terminó con las elegancias de un Mundo que se hundía, para dar paso al americanismo y a la democracia en todas sus formas. La Viena clásica del “vals”, siempre —ya que no desde el punto de vista estrictamente moral— superior, a lo menos en dignidad, a las danzas exóticas de hoy. La Viena de Schoenbrunn, el pequeño Versalles que el crecimiento de la capital danubiana abrazó, y que conserva los recuerdos del duque de Reichstadt, del “Aiglon” desventurado.

Ultimo Emperador de Austria, que inició su reinado perdiendo las bellas provincias italianas — florón de la corona — y la hegemonía en el mundo germánico que sus águilas detentaban desde la época de Alberto, muy antes

del gran Maximiliano y de Carlos V, hubo de ver, impotente, perderse la última oportunidad que le brindaba la guerra franco-prusiana.

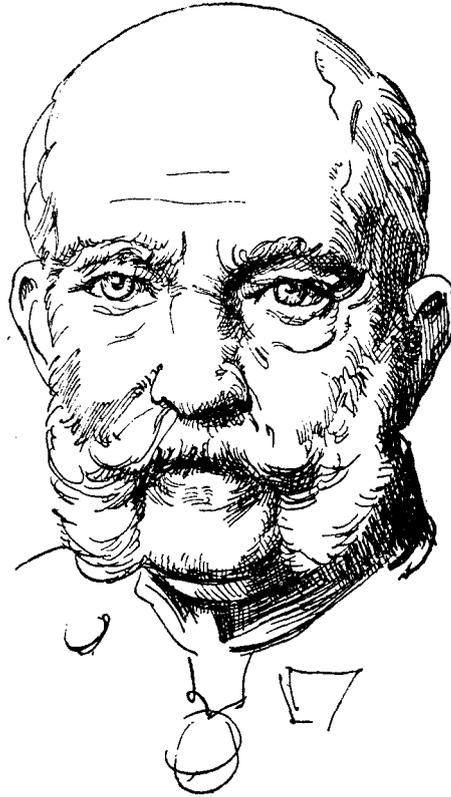
No se atreve Francisco José a desafiar el sentimiento germanista, y deja de atacar a Prusia, dejando que ésta destroce a Francia. Es su ruina. El genio de Bismarck comprende, sin embargo, que no conviene la desunión entre los pueblos alemanes, y en 1879 se efectúa la sólida alianza germano-austro-húngara que acompañó a ambos pueblos hasta la muerte, en 1918. Es más, en 1882, acepta la Tríptica, con la Italia que faltará a sus compromisos en 1915. Pero los sucesores de Carlos V y de María Teresa, los reyes de Hungría, ya no son más que el "brillante segundo" de los nietos de Federico el Grande. Como compensación, el fuerte Imperio alemán permite al austro-húngaro curar algunas de sus heridas, y, a riesgo de aumentar el caos y la diversidad de los pueblos que lo componen, extender su expansión, no sólo danubiana, sino balcánica y adriática. Hungría, en cierto modo, estaba en ello tanto o más interesada que Austria. En 1878, Bismarck le hace conceder la administración de Bosnia y Herzegovina que, de hecho, serán anexionadas más tarde. Estas son las únicas compensaciones que habían de consolar el reinado larguísimo de Francisco José.

Este desgraciado soberano, personificación del ocaso de una Dinastía —pero por ello de digna majestad—, apuró el cáliz de todos los sufrimientos hasta las heces. Su vida privada fué trágica y sobre ella, la Secta —los hijos de Kossuth, que se han ensañado con los Habsburgo— tejó más de una novela. ¿Novela? no: panfletos y calumnias. Y una leyenda: la de su fría crueldad y cálculo, tan alejada de la realidad. Lamentables catástrofes. Basta pensar en ellas: su hermano preferido, fusilado en Méjico; su hijo suicidado en condiciones crueles; su esposa, asesinada por un anarquista. ¿Esta sangrienta trilogía, que debía coronarse en el crimen de Sarajevo, del que fué víctima su sobrino y heredero, no evoca el recuerdo de los más sombríos mitos griegos, la idea de la implacable fatalidad cerniéndose sobre la desgraciada raza de los Atridas?

De los tres hermanos del Emperador, el más brillante, el mejor dotado, era el Archiduque Maximiliano. Naturaleza generosa, ardiente, caballerosa, había sabido atraer la simpatía de Napoleón III, el vencedor de Solferino. Fué su desgracia; de allí le vino a éste la idea de proponerle, mejor, de imponerle como emperador a los mejicanos, vencidos pero insumisos. Y ya es conocido el fin: la hostilidad invencible de los mejicanos, los fracasos de las tropas francesas llamadas en su ayuda, su retirada bajo la presión de los Estados Unidos, la negativa de Maximiliano a abandonar su puesto, el sitio de Querétaro y el fusilamiento del infortunado Emperador.

También es conocida la figura de la Emperatriz Elisabeth, Emperatriz neurasténica y errante, digna hermana del último vástago de los Wittelsbach, la casa reinante de Baviera, el fantástico, el loco Luis II. Esta Emperatriz que, buscando la soledad, recorrió medio mundo hasta el día siniestro en que, en Ginebra, un anarquista imbécil (septiembre 1898) la mató, sin objeto alguno, de una cuchillada. ¡Triste sino, el de esta última descendiente de Santa Isabel, Reina de Hungría! ¡Triste sino, para el de una Emperatriz de aquella Corte cuyas Archiduquesas han tenido, por sus enlaces, una función fecunda de intercambio feliz entre las demás Cortes europeas! Que han tenido una misión más alta que la de asegurar dominios y ha sido la de crear simpatías por medio de sus enlaces. ¿No es cierto aquello de "Bella gerant alia, tu felix Austria nube"?

Pero fué con uno de sus hijos, el archiduque Rodolfo,



FRANCISCO JOSÉ

y con la sombría tragedia misteriosa en que debía sucumbir, que Francisco José apuró el cáliz. Dotado de cualidades brillantes, pero violento, apasionado, se había echado de lleno a una vida aventurera. Una mañana, el 30 de enero de 1889, en el pabellón de caza de Meyerling, a treinta kilómetros de Viena, su mayordomo le encontró muerto. ¿Muerte súbita o suicidio? Probablemente suicidio por amor. La verdad exacta no ha podido ser jamás establecida.

Finalmente, en 28 de junio de 1914, su heredero, su sobrino el archiduque Francisco-Fernando y su esposa morganática, caen bajo las balas de los conspiradores serbios. Se dijo —con poco fundamento— que ésta fué la desgracia que menos apenó al viejo Emperador, dadas las divergencias políticas que proclamaba el heredero. En definitiva, estas divergencias consistían en cambiar la monarquía doble por triple. En conceder a los pueblos eslavos —sobre todo a Bohemia— la misma independencia nacional que a Hungría. Quizá la intransigencia de ésta fué mayor que la de Austria. Quizá Fernando José como Emperador en Viena estaba más cerca de concederla que como Rey de Hungría. La intransigencia magiar, en estas cuestiones, es consecuencia lógica del orgullo de un pueblo como éste, de tradición secularmente guerrera e inevitablemente dominadora.

Hungría tuvo siempre, durante la Monarquía dual, un peso considerable en la política exterior como hemos dicho. No hay duda de que fué el factor más importante que había de separar a los Habsburgo de la Corte de Rusia, tradicional protectora de los pueblos eslavos. Sin embargo, no creemos lo sea tanto del apoyo y aproximación hacia Turquía (cuya enemistad sentía el pueblo magiar por atavismo), de los Imperios Centrales, en lo que no hay que ver —al lado de la tendencia imperialista de Guillermo II hacia Asia por el camino "de las tres B", el soñado ferrocarril Berlín-Bizancio-Bagdad—, más que la secular tradición de la política de Metternich, el apoyo a Turquía,

que tanto daño hizo a Austria, como espada de dos filos que era la tal política.

Es lamentable el ver en la primera mitad del siglo XIX, en efecto, como el glorioso y magnífico movimiento insurreccional de la heroica Grecia se viese constantemente contrariado por la Corte de Viena, llevada por la política antirusa, a proteger a los otomanos. Importa poco que las Sectas fuesen favorables a Grecia; que gente como Byron y su ralea sacasen partido de esta Causa para sus fines disolutivos. Se trataba, en definitiva, de un pueblo semi-cristiano y heroico en lucha contra el salvaje enemigo secular —aún poderoso en 1830— de la Cristiandad. La causa griega, en sí, era simpática. Si Luis XIV merece los peores reproches por su conducta en 1683, con el mismo motivo conviene aplicarlos, a su vez, a la católica Corte austríaca que aquí imitó la política del Rey Sol. Y nunca mejor ejemplo que éste para patentizar lo que el texto sagrado dice acerca de los hijos de las "Tinieblas" que en sus negocios son más hábiles que los de la "Luz". Aquellos supieron sacar partido de ello y hacer de Grecia bandera de liberalismo, naturalmente simpática a todos los espíritus sencillos.

También Hungría, nación católica por excelencia, tuvo un peso enorme en mantener el carácter católico de la Monarquía dual, que tanto contribuyó a hacerla objeto del odio de las Sectas. No hay duda de que el espíritu entero del pueblo magiar influyó no poco en mantener este carácter, que la frivolidad de la vida vienesa y el progreso de las ideas liberales y revolucionarias iba lentamente minando. Francisco José, Emperador de Austria, debió, sin duda, a su investidura de Rey de Hungría no escaso apoyo en orden a todo cuanto constituyó auténtico motivo de gloria en su largo y fatigoso reinado.

### LA GRAN GUERRA

Y después, la Gran Guerra. Sus acontecimientos, aun relativamente recientes, serán recordados por la mayoría de nuestros lectores.

Aun cuando Hungría no había de aportar al esfuerzo de Guerra y Marina más allá del 30 por 100 en hombres y presupuesto, es evidente que su contribución, no ya material, sino moral, fué muchísimo más allá. Como corresponde a una tierra de lealtad.

Fallecido Francisco José, subió al trono, ya bamboleante, su sobrino Carlos, que de hecho ya no cuenta como último soberano. En verano de 1917 admitió la dimisión de Tisza. A compás del abismo que se abría ante la Monarquía doble, bullían los viejos partidos de Kossuth y de Justh. La revolución —esta vez ya típica de nuestro siglo, no simplemente liberal, sino social, mejor dicho, bolchevique— se agitaba de nuevo. La primera maniobra fué, naturalmente, la de la división. En octubre de 1918, Hungría se separaba de su hermana Austria, no ya debilitándose, sino desapareciendo las sólidas y viejas instituciones. Tisza fué asesinado, y Carlos, que en el momento de peligro, se refugiaba en la lealtad de sus Estados magiares —como sus antepasados—, hubo de abdicar también de la Corona de San Esteban.

Toda la periferia de Hungría fué repartida y con ella no pocos auténticos pedazos de carne magiar. Ninguna nación quedó tan mutilada: ni la propia Austria. La nueva Yugoslavia, en el Sur, no sólo arrebató los países eslavos, Croacia y Estavonia, de la Corona húngara (como lo había hecho con la Bosnia y la Herzegovina de administración austríaca), sino que lo hacía con el Banato. En el Norte, la nueva Checoslovaquia no solamente anexionaba la Rutenia (tan ligada a Hungría) sino que también lo hacía con una faja típicamente magiar. Y, en fin, y en donde su población se hallaba mezclada con los ruma-

nos, era anexionada por el triunfante Gobierno de Bucarest, y por la astucia de aquella famosa Reina María, tan discutida como fotogénica. La Reina aventurera arrebató la Transilvania, grande ella sola como casi toda la Hungría estricta.

Esta había tenido 900.000 muertos. Había llevado el peso de la guerra, singularmente contra los rusos. Cuatro inviernos de lucha en Galitzia, en Bukovina, en los Balcanes: sus valientes soldados lo sufrieron todo. Ahora eran espectros que volvían a sus tierras ricas y queridas, para hallarlas pasto nuevo y último de la gran tragedia...

### LA REVOLUCION.

#### BELA-KUN

Aún está en el recuerdo de casi todos; incluso de los jóvenes que empiezan ya a no serlo tanto.

Tantas penalidades habían dejado profunda huella. El invierno 1918-19 se abatió cruelmente sobre el noble país: hambre y frío. El clima espiritual y material se hicieron propicios a todas las subversiones. La huella de Kossuth —continuada por su hijo— y de los perturbadores de pasadas épocas no había sido borrada. El rescoldo se propagó otra vez. Y, por paradoja, no por extraña, inverosímil, fué —lo que generalmente se ignora— el propio sentimiento nacionalista de los húngaros el que contribuyó a la nueva catástrofe más directamente.

Ya hemos dicho que los nuevos Estados vecinos que habían surgido de la victoria aliada habían, cada uno, arrebatado un pedazo de carne magiar. Inútilmente, el noble general Franchet d'Esperey, jefe de las tropas victoriosas que habían avanzado desde Salónica a través de los Balcanes, se había inclinado ante la desgracia de la heroica nación, y le había concedido un armisticio —8 de noviembre de 1918— nada desfavorable.

Llegó marzo de 1919, y los aliados exigieron la formación de una zona neutra, que aún debía ampliar notablemente las cesiones transilvanas a Rumanía, tan considerables. Esta última exigencia llenó de exasperación a la nación vencida. El conde de Károlyi, en su desesperación, dimitió, dirigiendo un llamamiento al proletariado universal contra la Conferencia de París: las circunstancias, realmente, si no justificaban, por lo menos explicaban el perder así la cabeza. Acabamos de decir que la derrota, el hambre y el frío habían avivado el rescoldo revolucionario: durante aquel invierno, tantas pruebas habían determinado un lamentable desarrollo del bolchevismo, que no había sido posible vencer por no haberse podido organizar debidamente una Asamblea Constituyente del nuevo Estado.

A primeros de abril, el Soviet de Budapest estableció un Ministerio Garbai. En él figuraba un hombre extraño y misterioso, desde luego, judío. Se llamaba Bela-Kun, y era Comisario de Negocios Extranjeros. Poco tardó en proclamarse dictador de Hungría, aliándose, de hecho, con Lenin.

La impresión que este hecho causó en todo el mundo fué extraordinaria. Por la brevedad de su dictadura, no llegaron a registrarse, propiamente, en Hungría tantas escenas de sangre como han sido patrimonio de otros países, empezando por nuestra España, y que ahora han debido ser reconocidas, ante lo aplastante de la realidad, por el mismo Premier inglés en el Parlamento británico, ante los últimos horrores de Grecia. Mas si aquella dictadura no resultó extraordinariamente sangrienta, demostró que el bolchevismo no era exclusivo de las lejanas orillas del Nueva o del Moscowa, sino que se acababa de establecer en la más bella de las capitales del corazón de Europa. Por esto, Bela Kun, ha resultado un símbolo, y la experiencia que realizó sobre la carne viva magiar motivo,

desgraciadamente circunstancial, de reacción por parte de las escasas fuerzas sanas que Europa poseía a la sazón, y que desde entonces no han hecho más que menguar constantemente.

El mismo pueblo magiar se encargó de la reacción, iniciada por el propio Károlyi. Una nueva guerra, mezclada, como siempre, por nuevos choques de razas, triste patrimonio de las regiones danubianas. Por fin los rumanos entraron en Budapest el 4 de agosto, expulsando a Bela Kun, pero no como amigos, sino como nuevos conquistadores que no supieron siquiera aliviar tantas lágrimas y tantos sufrimientos.

Después de una primera tentativa de restauración de los Habsburgo, a fines del año fué reconquistada la reina del Danubio por las tropas húngaras. En 15 de enero de 1920 el Conde Apponyi recibía de los aliados vencedores las condiciones de paz (Saint Germain). Hungría quedaba mutilada, desarmada y empobrecida.

Fué como reacción de tantas catástrofes que el sentimiento monárquico y tradicional, espoleado por el triste espectáculo de la dominación de Bela Kun, resurgió más poderoso que nunca en la gloriosa Patria de San Esteban. Data de entonces la tan discutida instauración de la Regencia que ha venido detentando el almirante Nicolás Horthy de Kagybánya que en nuestros días ha finido de modo tan trágico. ¿Fué un error no haber restaurado los Habsburgo como reyes de Hungría? Es difícil contestar a esta pregunta, pero es posible. De todos nuestros lectores es conocida la romántica odisea del último de los sucesores de los sucesores de Carlos V, que, significativamente, como tantos otros de sus antepasados, como la abuela de sus abuelos, la gran María Teresa, en horas difíciles, se acogía, preferentemente, a la fidelidad y a la hidalguía del pueblo magiar, poniendo más confianza en su título de Rey de Hungría que en el de Emperador. Fué el 21 de octubre de 1921. Carlos llegó en avión con su esposa a Dénesfava, donde le esperaban el conde Andrásy y tropas fieles. Mas la intentona fracasó. La pequeña Entente —de creación netamente masónica, y cuya consigna casi salvaje era la de la destrucción de los Habsburgo por encima de todo— amenazó con la movilización. Se dice si también en lo interior, turbias influencias —de que han acusado al Regente— sabotearon la restauración. El monarca fué internado en el castillo de los Eszterházy —los mayores entre los grandes nobles terratenientes del país— y deportados, por fin, a Madera en un estado tal de pobreza que habla mucho en favor de la limpieza moral de los últimos descendientes de aquella Casa de Austria que ilustró a la Europa del XVI con sus mejores Reyes y Emperadores. Y allí el monarca español entonces reinante tuvo ocasión de demostrar, a la par que su caridad con los parientes abatidos, la hidalguía de nuestra Patria con los últimos de los sucesores de aquéllos que presidieron nuestras mayores glorias.

Benes lo había dicho. Y en esto fué consecuente. Como jefe de la pequeña Entente había declarado —y los acontecimientos de 1938 y 1939 lo corroboraron fatalmente— que llegaba a preferir la destrucción de su Patria —la artificial Checoeslovaquia— antes que la restauración habsbúrgica. Es lógico. Porque para ciertos hombres y tendencias la Patria, como aquella falsa Patria de Kossuth, no es la tierra donde duermen nuestros mayores y donde juegan nuestros hijos: no es más que el juguete y escenario del gabinete misterioso donde maquina la Secta.

## ¡¡ HUNGRÍA !!

Entre Buda y Pest, bajo las majestuosas perspectivas de Palacios sin rival en el Mundo, el Danubio ya no corre azul. Corre rojo de sangre.

Sobre la vieja Panonia se abaten de nuevo hordas innumerables. No se repite la Historia, mas sí los horrores de la Historia, y cada vez más terribles. Al paso de los godos, de los hunos, de los ávaros y de los longobardos, sigue hoy el de las columnas motorizadas y el del fuego del cielo de los aviones tripulado por el alud de razas aún más variadas y numerosas, y más terribles, puesto que se hallan dirigidas por un alto designio de destrucción en el que influyen los dispersos hijos de Israel.

Se ha repetido, mil veces más temerosa, la rota de Mohacz, en la que los turcos, los hijos de Mahoma —cuando toda Europa brillaba ante el dorado oropel del Renacimiento— pasaron sobre el cadáver del Rey Luis II, conduciendo a su sultán, el cruel Solimán, hasta los palacios de Buda. Mas hoy son enemigos de la Cristiandad mucho peores, los que pasean su orgullo de déspotas sobre las viejas tierras de la Puzsta.

El pueblo magiar, oprimido, vuelve la vista al cielo. Mas allí debe ver cómo, piadosos, su primer y gran Rey, el Santo Esteban, y la gran Reina —que la tradición aureola— Santa Isabel, que lo fué, no sólo de Hungría, sino también de la Caridad, no le olvidan en la hora de la más tremenda de sus innumerables aflicciones. Tampoco la olvida un anciano, aun cuando materialmente impotente, que desde la colina del Vaticano escruta con ansia el misterio que irrumpe a Europa desde el Este.

En los oídos del venerable anciano, del que hoy lleva el nombre de Pío XII, aún resuena el eco de una jornada inolvidable que el cielo le deparó precisamente a orillas de este Gran Río hoy enrojecido. Aún es reciente el Congreso Eucarístico de Budapest, Aún recuerda aquellas gracias que dió, como Representante del entonces Pontífice Pío IX, en lengua magiar: “Dios os proteja y os bendiga. ¡Viva Jesús y viva Hungría!”. Ante el Sagrario, aún debe repetir aquellas palabras que solemnemente pronunciara ante el Danubio majestuoso, y ante aquella visión de ensueño de luces, cantos, músicas y repiques entre riberas salpicadas de fuegos: “...en un Mundo sacudido y desequilibrado por las provocaciones a la discordia, unamos a todas las gentes de bien en una cruzada apostólica de caridad para promover obras de concordia, de salvación social y de sacrificios en un sentimiento de amor fraterno, inspirado en la Eucaristía “vinculum caritatis”. Porque él, entonces Cardenal, llevó a Jesús sobre las aguas, entonces azules, del río histórico y misterioso. Él llevó a Jesús, mecido por la corriente, bajo los muros de la ciudadela de Buda donde, hace nueve siglos, fué arrojado el mártir Gerardo. Legado Pontificio, vió a su vera en aquella plaza de los Héroe —de un pueblo naturalmente heroico— trece Cardenales y trescientos obispos, a su lado, en guardia de honor ante Jesús Eucaristía. Como Pedro, llevó a Jesús en su barca, y también esta vez en aquellas aguas, antes tan tranquilas, se ha levantado, pavorosa, otra terrible tempestad.

Como Pedro, el anciano, desde Roma, espiritualmente surcando otra vez las aguas del Danubio como lo hiciera materialmente pocos años ha, debe, mostrándole la tragedia infinita de un pueblo fiel que agoniza, implorarle: “Salvadnos, Señor, que perecemos”.

*Luis Creus Vidal*

# LA CIVILIZACION MATERIALISTA A LA LUZ DE LA CIENCIA

ACTUALIDAD RENOVADA DEL LIBRO DE ALEXIS CARREL

La muerte reciente del sabio biólogo francés Alexis Carrel ha vuelto a dar actualidad a su libro "La incógnita del hombre" que propagó la fama de su autor por todo el mundo. Sobre todo a los católicos interesa poner en valor cuanto en este notable libro significa un reconocimiento de grandes verdades religiosas y del valor e importancia que para la ciencia tienen ciertas creencias dogmáticas. El hecho de que haya sido posible en nuestro siglo que un biólogo de fama universal haya hablado con criterio rigurosamente científico, y sin salirse del terreno estrictamente técnico, de los fenómenos de la Mística y de los Milagros como de realidades que, aun dentro de su misterio, reclaman la atención o siquiera el respeto de los hombres de ciencia, porque entran de lleno en el orden de los hechos positivos e innegables, constituye una victoria del pensamiento católico que merece ser subrayada como un paso adelante en el camino, hasta ahora tan arduo y espinoso, que este pensamiento está siguiendo siglos hace para conseguir el reconocimiento universal de la conciliación entre la ciencia y la fe.

Uno de los defectos del libro de Carrel es su carácter mixto, indefinido en el terreno científico. ¿Es la obra de un filósofo? ¿Es la obra de un biólogo? El error está en que ha pretendido dar una filosofía del hombre (otra cosa no significa la expresión "Ciencia del hombre" usada por el autor) sin salirse del campo de la Biología. Y esta confusión ya aparece en las primeras páginas, especialmente en aquella observación preliminar que hace al escribir que "la conquista del mundo material que ha absorbido incesantemente la atención y la voluntad de los hombres, hizo que el mundo orgánico y espiritual cayese en un olvido casi absoluto". Afirmación totalmente gratuita, porque ya desde los tiempos de la antigua Grecia y sobre todo desde la fundación del Cristianismo, el mundo espiritual —sino el orgánico— ha sido objeto de un tan incesante como profundo estudio por parte de la filosofía. Quien tenga presente la evolución de la historia de la Cultura ha de admitir que nunca fué estudiado el hombre en su parte más noble y superior con tanta intensidad y con tan grandes y positivos resultados como por los filósofos y teólogos católicos. Toda ciencia del hombre es vana si no está concebida bajo el lema de aquel sublime versículo del salmo: "*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*". La ciencia del hombre ha sido incesantemente explorada en algunos de sus misterios mucho antes de que Carrel hubiese concebido su libro, y esta exploración puramente filosófica ha dado grandes, positivos y definitivos resultados, a pesar de que estos exploradores no poseían "ninguna técnica capaz de penetrar los misterios del cerebro y de la armoniosa asociación de sus células"; técnica, por otra parte, que, según confesión del propio autor, no poseen tampoco los sabios modernos. No cabe duda, pues, que la ciencia del hombre, aun reconociendo que "es la más difícil de todas las ciencias", es la ciencia de más venerable antigüedad de la humanidad civilizada.

El aspecto negativo del libro de Carrel está constituido por la crítica, tan implacable como rigurosamente objetiva, de la civilización tecnológica y materialista del hombre moderno. Pocas veces hemos visto reunidos en un

libro, tan ingente multitud de datos concretos y cifras estadísticas de las espantosas lacras que aquejan a la degenerada civilización del mundo descristianizado de nuestros días, como la que nos despliega la pluma del autor en algunos capítulos de su obra. Después de reconocer y enumerar ampliamente los maravillosos progresos materiales de la humanidad moderna, entra Carrel a analizar la contrapartida espantosa en la que descubre el velo de los terribles males que aquejan al mundo moderno, "resultado paradójico" de aquellos mismos progresos. "Esta civilización, dice el autor, resumiendo, ha dado a los hombres el privilegio de no estar nunca solos... de no pensar nunca". "Aquellos que son capaces de pensar se tornan descontentos". "El individuo moderno se caracteriza por una gran actividad dirigida enteramente hacia el lado práctico de la vida, por mucha ignorancia, por una cierta sagacidad y por una especie de debilidad mental que le deja a merced del ambiente en que por casualidad se encuentra. Parece que la misma inteligencia retroceda, cuando el carácter se debilita". Es particularmente elocuente el capítulo en que examina los espantosos datos estadísticos de las enfermedades degenerativas (sobre todo mentales) que azotan la humanidad moderna, cuyo tratamiento y curación se encuentran en un extraordinario atraso en relación con la de las enfermedades infecciosas. "La sociedad moderna ignora casi por completo el sentido moral". "La civilización científica moderna ha destruido el mundo del alma". "La mujer que tiene varios hijos, que se consagra a su educación en lugar de consagrarse a su propia carrera, es considerada tonta". "En nuestros días la situación del proletario es tan inferior como lo era la del siervo feudal". ¡Qué grandes, qué tristes verdades!

Entre los aspectos afirmativos de la obra de Alexis Carrel merece ser destacada su actitud franca y decidida en defensa de la objetiva realidad de lo espiritual, de lo religioso, de lo sobrenatural en la vida del hombre. Este testimonio a favor del contenido ideológico y moral de la Iglesia Católica sube aún de valor si se tiene en cuenta que procede de una gran autoridad en las ciencias naturales y técnicas, insigne en la especialidad de los estudios biológicos. Y no solamente esto; hay que tener presente que esta plena admisión suya de lo espiritual en el cuadro del conocimiento científico de la vida humana la propugna Carrel no ya como pensador y cultivador de ideas generales, sino desde su mismo campo profesional de técnico especializado en el estudio de la biología humana; es decir, que estas verdades las ha visto brotar espontáneamente, irresistiblemente de la observación concienzuda de los mismos fenómenos del organismo físico del hombre, los cuales exigen el reconocimiento de un mundo invisible, superior al que nos descubren los datos puramente fisiológicos. He aquí algunos de los luminosos conceptos formulados por Carrel a este respecto: "Las formas de la actividad humana consideradas por Platón son tan específicas de nuestra naturaleza como el hambre, la sed, el apetito sexual y la gula". "La certeza que se deriva de la Ciencia es muy diferente de la que se deriva de la Fe. La última es más profunda. No puede ser movida por los argumentos. Se parece a la certeza que da

la clarividencia. Pero... no es completamente extraña a la Ciencia". "La Iglesia Católica, con su profundo conocimiento de la psicología humana, ha dado a las actividades morales un lugar mucho más elevado que a las intelectuales... El sentido moral es más importante que la inteligencia". "El misticismo cristiano constituye la más elevada forma de actividad religiosa". He aquí cómo Carrel define científicamente la oración: "Hay que entender por oración no un recitado mecánico de fórmulas, sino una elevación mística, una absorción de la conciencia en la contemplación de un principio inmanente y trascendente a la vez a nuestro mundo". Sobre los milagros escribe: "Son hechos innegables, irreducibles, que es preciso tener en cuenta"; "durante el siglo XIX... fué generalmente admitida que no sólo no existían los milagros, sino que no podían existir... Sin embargo, en vista de los hechos observados durante los últimos cincuenta años (se refiere especialmente a Lourdes), no puede sostenerse esta actitud... Estos hechos (los milagros) son profundamente significativos... Prueba la importancia objetiva de las actividades espirituales... Abren al hombre un mundo nuevo". "La vida interior... se les antoja a muchos educadores... un pecado mortal. Sin embargo, sigue siendo la fuente de toda originalidad, de todas las grandes acciones".

Carrel ha escrito sobre la grandeza del hombre y la realidad del mundo espiritual y sobrenatural en la vida humana unas palabras que por su ardor y su elocuencia pueden ponerse al lado de textos clásicos de otros tiempos: "El hombre es a la vez un objeto material, un ser viviente, un foco de actividades mentales. Su presencia en el prodigioso vacío de los espacios intersidiales es totalmente despreciable. Pero no es un extraño en la región de la materia inanimada. Con ayuda de las abstracciones matemáticas su espíritu capta lo mismo los electrones que que las estrellas. Está hecho a la escala de las montañas terrestres, los océanos y los ríos. Pertenece a la superficie de la Tierra, igual que las plantas y los animales. Se siente a gusto en su compañía. Está más íntimamente unido a las obras de arte, a los monumentos, a las maravillas mecánicas de la nueva ciudad, al pequeño grupo de sus amigos, a aquellos a quien ama. *Pero también pertenece a otro mundo.* Un mundo que, aunque se halla dentro del mismo hombre, se extiende más allá del espacio y del tiempo. Y desde este mundo, si su voluntad es indomable, puede viajar por ciclos infinitos. El ciclo de la Belleza, contemplado por los sabios, los artistas y los poetas. El ciclo del Amor, que inspira el heroísmo y la renuncia. El ciclo de la Gracia suprema, que recompensa a aquellos que buscan apasionadamente el principio de todas las cosas. Este es nuestro Universo".

El libro de Carrel es la obra de un sabio especialista que se quiere superar reconociendo verdades superiores a las que brotan visiblemente de su estricto campo de investigación. Se ha liberado del culto de lo cuantitativo, del fetichismo de las cosas sujetas a peso y medida, que ha caracterizado a la ciencia desde el Renacimiento. "En el hombre, dice, las cosas que no pueden medirse son más importantes que las mesurables". Pero la ambición de Carrel va aún más allá del ideal de incorporar a la ciencia los hechos del mundo invisible, espiritual y sobrenatural, y de revolucionar la valoración de los fenómenos de la vida humana. Carrel traza un ambicioso plan de restauración del degenerado hombre moderno a base de una *élite* de sabio que en aras de la ciencia habrían de resignarse a vivir con la austeridad de los ascetas. El autor, al final de su libro, entra de lleno en el campo de la utopía. No nos interesa; simplemente porque, en contradicción con la posición adoptada por él en páginas anteriores res-

pecto al mundo espiritual superior, en este plan restaurador de la humanidad parte de la idea de la posible transformación del mundo terrenal en un paraíso. Quizá si Carrel hubiese escrito estos últimos años un apéndice a su libro, hubiera reconocido que el hombre moderno tiene más facilidad para convertir la tierra en un infierno que en un paraíso.

El libro de Carrel a la aparición de su primera y segunda edición en lengua española, fué objeto, en periódicos y revistas, por parte de los intelectuales católicos, de un trato sumamente benévolo. Nosotros, con todo, creemos que nunca será excesiva la precaución y la desconfianza de los católicos frente a este sentimiento de gratitud que nos impulsa a acoger con peligrosa indulgencia el respeto hacia la doctrina católica manifestada por hombres de ciencia no totalmente identificados con nuestra fe, olvidándonos que ésta no necesita en absoluto, para subsistir en su carácter de verdad revelada por Dios, del reconocimiento y la aprobación de la ciencia fundada exclusivamente en la fuerza puramente humana de la razón. En el caso concreto del libro de Carrel, no hemos de olvidar que el autor en muchas de sus páginas usa un lenguaje ambiguo y mezcla lamentablemente la verdad con el error. No ponemos en duda la buena fe científica de Carrel; pero como si intentase hacer aceptables, o siquiera viables sus ideas sobre el hombre entre sus colegas materialistas o escépticos, lo cierto es que niega en diversos pasajes de su libro la verdad fundamental del dualismo de espíritu y materia, alma y cuerpo, y sostiene un monismo en el fondo materialista, al afirmar, por ejemplo, que el cuerpo y el alma "son abstracciones obtenidas por nuestra razón de la unidad concreta de nuestro ser"; que "la antítesis de materia y espíritu representa únicamente la oposición de dos clases de técnica"; que es puramente arbitraria la división de nuestras actividades en fisiológicas y mentales. Cierto que al hacer estas atrevidas afirmaciones, se pone en contradicción consigo mismo, pues innumerables veces habla del elemento espiritual del ser humano como de algo sustantivo y de naturaleza específicamente distinta de lo puramente fisiológico; pero aún reconociéndolo así, no podemos menos de censurar que en muchos pasajes ponga el elemento espiritual del hombre, al que suele dar el nombre de "conciencia", como un simple eslabón en la serie de fenómenos vitales (así habla repetidas veces del hombre como de un compuesto de órganos, tejidos, células, humores y conciencia) y que habla a veces de las cosas del mundo sobrenatural con expresiones tomadas del mundo de la materia, como cuando quiere dar a entender la acción de la Gracia en nosotros con esta grosera comparación: "La gracia de Dios penetra en el cuerpo y en el alma como el oxígeno atmosférico o como el nitrógeno de los alimentos se difunde en nuestros tejidos".

Libro es el de Carrel muy significativo del grave peligro que representa la ambición de los que, basándose exclusivamente en los progresos innegables de la biología humana en su aspecto material, pretenden elevarse al terreno de la especulación filosófica. El resultado de tal ambición es fatalmente el confucionismo, la mezcla perniciosa de la verdad con el error, mezcla cuya única víctima es la verdad, porque, por el mismo hecho de ser mezcla, es un error, y un error aún más peligroso que el que se presenta escuetamente limpio de toda verdad. En este sentido creemos sinceramente que el libro de Alexis Carrel ha de resultar forzosamente desorientador, y, en último término, dañino para todo lector que no tenga muy arraigadas, muy fundamentadas y muy ejercitadas en la alta cultura católica, sus creencias religiosas.

Mamuel de Montoliu.

# Encíclicas dirigidas por S. S. León XIII a los obispos de Hungría

22 de agosto del año 1886

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

Nuestro intenso y asiduo deseo de hablaros por medio de Letras nuestras, como lo hicimos con los Obispos de otras regiones, con el sólo propósito de comunicaros nuestro parecer sobre lo que juzgamos oportuno para la prosperidad del nombre cristiano y salvación de los húngaros, se ve colmado por éstos con sin igual oportunidad, toda vez que hoy celebra con entusiasmo la Hungría el segundo centenario de la reconquista de Buda (1). Digno es, en verdad, de perpetuarse en la gloria de los húngaros el hecho de que vuestros antepasados recuperasen con valor y constancia la ciudad capital, ocupada durante siglo y medio por los enemigos. En memoria de este beneficio divino Inocencio XI P. M. decretó, que el día posterior a las calendas de Septiembre, fecha del acontecimiento, se celebraran en todo el orbe cristiano solemnes cultos en honor de San Esteban, el primero de vuestros reyes apostólicos. Demasiado conocido es, por cierto, el poderoso influjo, no el último en verdad, que la Sede Apostólica ejerció en tan fausto acontecimiento, natural consecuencia de la preclara victoria obtenida tres años antes sobre el mismo enemigo en Vindobona, (2) y que no sin razón se atribuye en gran parte a la diligencia apostólica de Inocencio, y conseguida la cual comenzó a debilitarse el poder de los Mahometanos en Europa. Ya antes de dicha época procuraron nuestros Predecesores en análogas circunstancias aumentar el poderío de la Hungría con auxilios, consejos, dinero y confederaciones. Desde Calixto III (3) hasta Inocencio XI muchos son los Romanos Pontífices, cuyo nombre podría citarse para encomio personal como testimonio de esto. Baste uno sólo para prueba: Clemente VIII, (4) al cual se dió testimonio

público de agradecimiento, según decreto del supremo consejo del Reino, porque sólo él, abandonados y casi perdidos sus propios bienes, con diligencia y espléndidamente les prestó su ayuda cuando Estrigonia y Vincertgraz fueron rescatados del dominio de los turcos. Así pues, como la Sede Apostólica no desamparó al linaje de los húngaros, cuando se hallaba en lucha con los enemigos de la religión y las costumbres cristianas, así también en estos momentos en que el recuerdo de narración tan feliz impresiona agradablemente el ánimo, llena de gozo se une a vosotros en esa comunión de justa alegría; y teniendo en cuenta la diversidad de circunstancias, solamente anhelamos y pretendemos sólo confirmar a la multitud en la profesión católica y ayudar a la vez, en la medida de nuestras fuerzas a disipar los peligros comunes; con lo cual conseguiremos prestar un servicio a la salud pública.

La misma Hungría es testimonio de que ningún don puede Dios conceder a cada hombre y a las naciones, como recibir con su auxilio la verdad católica y perseverar en ella. En dicho beneficio, de suyo excelente, se incluye un conjunto de diversos bienes, con cuyo influjo no sólo cada hombre puede conseguir su felicidad en el cielo, sino que también pueden las naciones lograr la verdadera prosperidad y grandeza. Penetrado bien de estas ideas el primero de los reyes apostólicos nada pedía a Dios con tanta vehemencia, nada en toda su vida procuró con más ahinco y realizó con más constancia que inculcar la fe católica a todo el reino y consolidarla desde un principio con estables fundamentos. Así pues, comenzó muy luego entre los Romanos Pontífices, reyes y pueblo de Hungría aquella correspondencia de favores y deberes, que ninguna edad subsiguiente hizo desaparecer. Estableció y fundó Esteban el reino, pero la diadema imperial sólo la recibió del Romano Pontífice (5); la autoridad pontificia le consagró rey, más su reino fué por él ofrecido a la Sede Apostólica; erigió

con liberalidad no pocas sillas episcopales; creó muchas instituciones pias; a cuyos favores correspondió a su vez la Sede Apostólica con suma benevolencia e indulgencia especial en muchos asuntos. Este santísimo monarca sacó de su fe y piedad la luz del consejo y la norma más apta para el gobierno de la república, y no por otro título que por sus asiduas súplicas alcanzó aquella fortaleza de ánimo, con que sofocaba las criminales conspiraciones de los rebeldes y con que reprimía, cuando vencedor, los ímpetus del enemigo. De esta manera, bajo los auspicios de la religión, nació vuestra patria y bajo su guía y custodia llegásteis no sólo a la perfección, sí que también a la solidez y gloria del imperio en su más alto grado. Esta fe recibida como por herencia de su padre y rey la conservó la Hungría incólume y santamente, aún en las circunstancias más difíciles, cuando el pernicioso error separó del seno materno de la Iglesia a los pueblos comarcanos. Juntamente con la fe católica reinó en el rey apostólico, en los Obispos y en todo el pueblo un obsequio y piedad hacia la Sede de Pedro; como asimismo aparece, con perpetuos testimonios confirmada una voluntad favorable y una paternal benevolencia por parte de los Romanos Pontífices para con los húngaros. Y hoy, en el decurso de tantos siglos y acontecimientos permanecen por beneficio divino las relaciones primitivas y aquellas virtudes de vuestros antepasados viven todavía en sus descendientes. Merecen en verdad alabanza los trabajos empleados, no sin efecto, en los deberes Episcopales; el alivio de las calamidades; el empeño puesto en defensa de los derechos de la Iglesia; la constante y animosa voluntad en conservar la fe cristiana.

Recordando estas cosas se regocija el ánimo con placentero movimiento de alegría, por lo que a Vos, Venerables Hermanos, y al pueblo húngaro enviamos con agrado un aplauso merecido. Pero no podemos pasar en silencio, y esto a nadie se le oculta, qué funestos son por doquier los tiempos para la virtud, cuántos los medios con que se combate a la Iglesia y de temer

(1) 1686.

(2) Viena (1683).

(3) 1456.

(4) 1592-1605.

(5) Silvestre II (1001).

es que, en medio de tanto peligro, la exánime fe, llegue a debilitarse también donde es más firme y ha echado profundas raíces.

Baste recordar aquel funestísimo principio de los males, las doctrinas del *racionalismo* y *naturalismo* diseminadas a mansalva por todas partes. Añádanse los innumerables atractivos de corrupción, la aversa voluntad de la potestad pública para con la Iglesia o su completa separación, la audacia insana de las sectas clandestinas y la forma de educar a la juventud desligada de toda relación a Dios. De aquí que ahora como nunca deben los hombres conocer y persuadirse completamente no sólo de la utilidad, sino que también de la necesidad de la religión católica para la tranquilidad y salud pública. La experiencia cotidiana enseña hasta qué punto pretenden empujar las repúblicas los que no acostumbraron a respetar autori-

dad alguna, ni refrenar sus deseos. Cuáles sean sus aspiraciones, de qué medios se valen y la pertinacia con que la pretenden, es ya un hecho puesto al alcance de todos. Los grandes imperios, las repúblicas más florecientes se ven obligados a cada momento a luchar contra esta clase de hombres unidos íntimamente por igualdad de pareceres y semejanza de acción, y de aquí que siempre se halle la seguridad pública amenazada con algún peligro. Contra la audacia tan grave de estos males en algunas partes se ha estatuido con saludable consejo, que se robustezca la autoridad de los Magistrados y el rigor de las leyes.

Mas, en verdad, para contrarrestar los terrores del *socialismo*, sólo existe un medio oportuno y eficazísimo, abandonado el cual de nada sirve el temor de los castigos, y consiste en que se instruya a los ciudadanos en la religión y se mantengan en la re-

verencia y amor de la Iglesia. Es, en efecto, la Iglesia, el custodio santísimo de la religión, el padre y maestro de la inocencia, de las costumbres y de todas las virtudes, que naturalmente nacen de la religión. Todo el que observe religiosa e íntegramente los preceptos del Evangelio, se halla alejado, por sólo este hecho, de toda sospecha de socialismo. Manda la religión, como dar culto y temer a Dios, someterse y obedecer a la autoridad legítima; prohíbe hacer tumultuosamente cosa alguna, quiere que a cada uno se respete lo suyo, sus derechos, y que los que poseen riquezas en abundancia socorran con largueza a la multitud necesitada. Ama con entusiasmo a los pobres; remedia a los desgraciados con suavísimo consuelo y con la esperanza de bienes mejores e inmortales, tanto mayores cuanto más grave y continuo haya sido el trabajo del hombre.

## 11 de septiembre del año 1893

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

A la constante piedad y sumisión de los húngaros hacia esta Sede Apostólica ha correspondido con abundancia la paternal benevolencia de los Romanos Pontífices; Nos mismo, jamás hemos permitido ser aventajados en pruebas de caridad y providencia en obsequio de vuestro pueblo. Este Nuestro ánimo hémosle manifestado de una manera muy singular con motivo de haber celebrado Hungría, hace siete años, el aniversario de un grandioso y fastuosísimo acontecimiento. Con ocasión de esta fiesta, os dedicamos, Venerables Hermanos, una carta, en la que hacíamos mérito de la antigua fe de los húngaros, de sus virtudes y hechos memorables, a la vez que os enviábamos consejos en relación con los asuntos que interesan a la salud y prosperidad de vuestra nación, en tiempos tan hostiles al nombre cristiano. La misma causa y el mismo deseo Nos mueven a escribir de nuevo. Ciertamente, la razón de Nuestro ministerio Apostólico pide que, en los asuntos que han movido en esta época todos los ánimos, exhortamos con gran empeño a Vosotros y a vuestro clero a la constancia de ánimo, a la concordia, al denuedo en instruir y amonestar a los pueblos confiados a vuestro cuidado. Mas, hay entre vosotros otros asuntos que son para Nos, nuevo motivo de solicitud; nos referimos a los peligros, cada día más graves, que ame-

nazan a la religión. Tales males, así como atraen hacia sí Nuestros principales cuidados y pensamientos, así en gran manera y con toda vehemencia reclaman vuestro trabajo, Venerables Hermanos, el cual confiamos ha de realizarse enteramente conforme a Nuestros consejos y esperanzas. Corresponde generalmente a los católicos, en medio de tan cruda e insidiosa guerra a los institutos cristianos, en primer término y sobre todo, que todos consideren seriamente cuanto importa en toda variedad de tiempos y cosas que permanezca incólume en los pueblos la religión; y en segundo término, cuanto interesa la perfecta y estable concordia de todos los ánimos en este punto. Trátase nada menos que del mayor y más excelso de todos los bienes, cual es la eterna salvación de los hombres, no menos que de guardar y conservar aquellas mismas cosas que en la sociedad civil contribuyen a la paz y verdadera felicidad. Así, en verdad, lo sintieron aquellos excelsos varones, dignos del recuerdo y gratitud de toda la posteridad, que, como eximio ejemplo de fortaleza de ánimo, brillaron en todo tiempo y lugar, sirviendo ellos mismos como de muro en la casa de Dios, dispuestos a sacrificar por la causa de la religión y la Iglesia no solamente todas sus cosas sino también la misma vida. De lo cual tiene igualmente vuestra misma Hungría, en todo el transcurso de su historia, muchos y preclaros ejemplos. Y ciertamente que, habiendo recibido la fe católica de su Rey y Após-

tol Esteban, ha permanecido fiel y constante en ella, en lo cual hay que reconocer, a más de un singular beneficio de Dios, el fruto del firme y perpetuo propósito de esta nación, que desde el principio ha entendido que al tratarse de la religión, se trata de la gloria de su nombre y del esplendor de su raza. Admirables son las generosas e insignes virtudes que tales sentimientos han producido, y merced a las que los húngaros, en los momentos supremos y en las circunstancias difíciles, opusieron a la gravedad del peligro una extraordinaria constancia y fortaleza. Con el auxilio de tales virtudes rechazaron ora las repetidas incursiones de los Tártaros, ora los constantes y furiosos ataques de los Mahometanos; haciéndose acreedores en tan peligrosa lucha a ser ayudados, con toda clase de auxilios, por pueblos extraños, por grandes príncipes, y muy especialmente por los Sumos Pontífices; puesto que se peleaba no solamente por la fe y la patria de los húngaros, sino por la salvación de toda la religión católica y la paz de todo el Occidente. Por la misma razón, en medio de las turbulencias de los últimos siglos, que produjeron tan graves ruinas a los pueblos vecinos, aunque la misma Hungría sintió en parte el golpe y recibió no leves quebrantos, resultó sin embargo ileso; como se conservará en lo sucesivo si sabe mantener el honor religioso, y cada uno reconoce sus ordinarios deberes y los cumple con toda diligencia.

# LA TRAGEDIA DE HUNGRÍA

En estos momentos en que la ocupación de Hungría parece avanzar hacia un funesto desenlace, después de la caída de Budapest — donde el Nuncio de Su Santidad el Papa ha quedado como protector de sus defensores heridos en la sangrienta batalla — vale la pena de que meditemos seriamente sobre el porvenir que se cierne amenazante sobre Europa, si las demás naciones, rotos sus poderosos diques orientales, se limitan a permanecer como simples espectadores de una tragedia que ha de alcanzar, si Dios no lo remedia, proporciones espantosas.

Polonia y Hungría, centros vitales de la civilización cristiana en su doble misión de valladar y de avanzada cultural hacia los lejanos límites del oriente europeo, han desaparecido ya como realidades políticas organizadas independientemente, y sus pueblos yacen sumidos en la más terrible servidumbre.

¿“Finis Hungariae”? No, ciertamente. A pesar de la desconsoladora visión que ofrece hoy el glorioso pueblo magiar, a pesar de los dolores y sacrificios que ha de sufrir en estas horas, su espíritu permanece fuerte e inmutable, y saldrá de esta dura prueba — esperemoslo de la Providencia de Dios — fortalecido en su fe y en la inquebrantable unidad de todos sus hijos.

No olvidemos que después del desastre de Mohacs, llegó, ciento sesenta años después, la victoria, que cambió radicalmente una situación muy parecida a la que hoy atraviesa el noble país. Pero entre ambas batallas, no lo olvidemos tampoco, se dieron signos inequívocos de una solidaridad continental, que aumentaba las esperanzas de mejores días para la nación sojuzgada. Mientras se rezaba para que la aurora de la libertad iluminase su patria, los húngaros no ignoraban que las huestes imperiales y las del intrépido Sobieski salían al campo y derrotaban dos veces consecutivas a las hordas que habían irrumpido hacia occidente a través de la llanura magiar.

Hoy la patria de Sobieski no puede acudir en auxilio de su hermana, porque también ella padece el mismo infortunio y la misma desconsoladora indiferencia por parte de la mayoría de los pueblos.

¿Qué designio preside esta entrega sistemática de Europa a los ejércitos de Rusia? ¿Estamos ya en aquellos tiempos que la visión lejana de un Donoso Cortés anunció con pasmosa certidumbre?

No será superfluo recordar algunos pasajes de su famoso discurso:

“Para que Rusia se apodere de Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy a decir, todos los cuales, adviértase esto, señores, son no sólo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva a los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando a los propietarios, extinga el patriotismo...; tercero, el acabamiento, de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos eslavos, bajo la influencia y el protectorado de Rusia”. Y seguía: “Entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria; entonces, señores, presenciara el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; este castigo tremendo será, señores, el castigo de Inglaterra”.

Así hablaba Donoso Cortés el 30 de enero de 1850. ¿Se cumplirán ahora aquellos tres acontecimientos? ¿O por el contrario la actual situación es un providencial toque de alerta, capaz de conmover a las naciones todas de Europa, para levantarlas y unir las en una suprema y decisiva cruzada?

“Un imperio el más colosal de cuantos existen en la tierra — había afirmado en otra ocasión el gran polemista — se dirige en todas direcciones a la conquista del globo; medio asiático, medio europeo, aspira a la conquista del Asia, aspira a la conquista de Europa: el imperio ruso, señores, ofrece este fenómeno singular, este fenómeno alarmante; este es el único imperio en que se ha visto el espectáculo de un gobierno con todos los refinamientos de la civilización, mandando a sesenta millones de bárbaros. Ahora bien, señores: ¿sabe el Congreso, sabe Europa a lo que alcanzan sesenta millones de bárbaros dirigidos por una sola inteligencia? Yerran grandemente, lo digo con dolor, los que tienen una fe profunda en la paz: yo temo que la época de transición va a pasar, y que tocamos ya la época de los desenlaces”.

El recuerdo de estas palabras ha herido profundamente nuestra mente, al contemplar la dura suerte que está sufriendo la católica nación magiar. Yerran, podríamos decir nosotros, los que con un optimismo infantil, pernicioso, no se atreven a enfrentarse con la dura realidad de nuestro tiempo; yerran lamentablemente los que con un desenfadado “no ha de pasar nada”, se desentienden de la tragedia actual y esperan de aleatorios y mudables remedios humanos, la solución del gravísimo problema que se plantea a nuestra Europa. Las fronteras de la hermosa Hungría han sido traspasadas por poderosos ejércitos, que avanzan en son de conquistadores. También ahora, como en otros siglos, aspiran no solamente a adueñarse de aquel país, sino a servirse del mismo como base de operaciones para continuar su marcha en dirección a las soñadas costas atlánticas. ¿Quién podrá detenerles el paso?

La capital del reino magiar es un campo de ruinas en la que tal vez solo crezca “la hierba espesa de los cementerios”. Y sobre estos trágicos cementerios, en frase del novelista Margueritte, citada con mayor amplitud en otra ocasión desde las páginas de esta Revista, hallará su mejor instrumento de difusión “un dogma naciente” nacido “del lado del alba”.

Hungría, convertida hoy en lugar de batalla de dos mundos opuestos, oye predicar sobre su suelo ese nuevo dogma, entre congojas, lágrimas y sangre.

Si la nación húngara ha desaparecido, podríamos añadir con frase del propio Donoso Cortés, que “en su sepulcro está una cosa todavía más importante: está la ley internacional, está la justicia de las naciones”. Ley y justicia de las que no quiere oírse siquiera mencionar sus nombres, porque el furor bélico se halla aún en pleno auge, y hasta que no esté del todo saciado, no hay inconveniente en sacrificar en sus llamas, la vida incluso de aquellos pueblos que se han encontrado en la encrucijada de la más terrible de las guerras.

Rusia ha dado con la ocupación de Budapest, un terrible aldabonazo en las puertas de Europa. ¿Seremos capaces de comprender su verdadero significado?

*José-Oriol Cuffi*

CON CENSURA ECLESIASTICA

CAMPAÑA

# PRO-SEMINARIO

El sacerdote Ministro de la Paz  
se forma en el SEMINARIO

## AYUDA AL SEMINARIO

ORACIÓN

PROPAGANDA

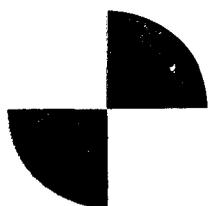
DONATIVOS

*J. M. C.*

████████████████████  
BARCELONA

# HIJO DE MANUEL VALLHONRAT

Fábrica de Géneros de punto



Almacén y despacho: San Antonio, n.º 39

Fábrica: García Humet, n.º 40 - Teléfono 1832

TARRASA

# CUEVAS DE ARTÁ

MALLORCA



Múltiples son las  
bellezas con que  
dotó Dios a esta  
privilegiada Isla, de  
todas sobresale una  
por su magnificencia:

**LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTÁ**